

PROLETARIADO. PASADO Y FUTURO DE UNA ILUSIÓN

Aurora Despierta.

Por cómo hemos entrado en el siglo XXI y lo que nos depara, esta cuestión central necesita de una urgente, seria y valiente reconsideración histórica y teórica por quienes deseamos librarnos de la civilización capitalista que ha puesto en crisis hasta la biosfera, para saber por dónde y cómo dirigir nuestros esfuerzos en la época de la “globalización”.

Aquí ofrezco un balance y las bases de una alternativa renovadora. Una reconsideración de quién puede ser el sujeto transformador y de las herramientas para impulsar su desarrollo, que van desde la lucha reivindicativa, al Programa de Transformaciones y una nueva filosofía de la vida para superar la trampa de la identidad-pertenencia entre los/as proletarios/as y los/as comunistas.

Índice.....	página
<i>I.- Siglo y medio de puesta a prueba en los hechos.....</i>	<i>1</i>
<i>II.- El planteamiento de Marx y Engels a examen.....</i>	<i>3</i>
<i>III.- Mito, realidad y posibilidades del proletariado y del Partido.....</i>	<i>6</i>
<i>IV.- Los retos del siglo XXI.....</i>	<i>13</i>
<i>V.- Las cadenas y cómo romperlas; herramientas.....</i>	<i>14</i>
<i>VI.- Programa de Transformaciones.....</i>	<i>18</i>
<i>VII.- Una nueva filosofía de la vida para una nueva identidad personal y social.....</i>	<i>22</i>
<i>VIII.-Una cita ¿para cuándo?.....</i>	<i>24</i>
<i>IX.- Teoría y método científico; unos comentarios.....</i>	<i>25</i>
<i>Notas.....</i>	<i>29</i>
<i>Agradecimiento.....</i>	<i>30</i>
<i>Bibliografía.....</i>	<i>30</i>

I.- Siglo y medio de puesta a prueba en los hechos.

Marx y Engels confiaban en que la determinación en última instancia por las condiciones materiales de existencia, la posición social de los trabajadores asalariados, su lucha por la supervivencia y la naturaleza humana, iban a favor de la corriente de progreso en la Historia y permitirían superar las contradicciones y conflictos de esta sociedad, hasta llegar a la sociedad de clases, sin explotación, opresión, ni Estado.

A pesar de las cadenas que su condición impone a los trabajadores asalariados, confiaban en que su posición social era la ideal para resolver la contradicción entre el carácter social de la producción (trabajo colectivo, división internacional del trabajo) y la apropiación privada (por el burgués, el tecnócrata o el burócrata) y la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción (capitalistas) pues los trabajadores mismos eran la principal fuerza productiva.

Confiaban en que en la clase social proletaria estaba inscrita la clave, como el gen mutante, capaz de impulsar las contradicciones sociales y a los humanos que la sostenían (portaban, “trager”) a la lucha por superar hasta su propia condición de clase y las clases mismas, pues el capitalismo habría madurado las condiciones sociales (ya de la socialización de la producción, potencial de la apropiación) y materiales (abundancia potencial) para hacer posible este viejo sueño de la Humanidad.

Confiaban en que los trabajadores, por la depauperación -cuando menos, relativa- de sus condiciones de existencia, y la necesidad de sobrevivir, teniendo a su favor ser el pilar que sostiene esta sociedad, se rebelarían y liberarían el trabajo y las fuerzas productivas del dominio de la

burguesía y sus relaciones sociales de producción.

Ya en el siglo XIX creyeron en varias ocasiones que las condiciones estaban maduras para el socialismo y próxima la revolución proletaria. Sabían que los trabajadores, por la alienación y embrutecimiento de su situación, deberían transformarse a sí mismos, tomar conciencia de sus verdaderos intereses, adquirir confianza y ser capaces -creían- de superar en relativamente poco tiempo la desmoralización y debilitamiento de las derrotas hasta dar el gran salto definitivo.

Pero seguro que apenas sospecharían la orientación reformista del movimiento obrero del siglo XIX hasta el extremo de tolerar la Iª Guerra Mundial bendecida por la mayoría de la mismísima IIª Internacional de los Trabajadores y sus “marxistas”. Creo que nunca imaginarían que los trabajadores soportarían ya un siglo de decadencia del capitalismo. Que ante la amenaza y más aún la depauperación extrema de su existencia con grandes crisis económicas como la del 1929 y las grandes guerras, apenas se rebelarían contra el capitalismo o serían incapaces de superar las resistencias de la burguesía y sus aliados. Que sus derrotas y debilidades darían paso a fenómenos bárbaros como el nazismo o el estalinismo. Que serían arrastrados a las hecatombes y matanzas millonarias de dos guerras mundiales sin escarmentar con la Iª, sin apenas resistencias o respuestas revolucionarias al menos en los países más importantes. Que los proletarios -sin patria- matarían y se sacrificarían por millones por su patrias imperialistas. Que el Holocausto judío y en parte eslavo, pasaría demasiado desapercibido sin contribuir a cuestionar esta civilización cuando es perfectamente repetible sobre otras víctimas. Y otro tanto las bombas atómicas sobre la población civil, además de los bombardeos sobre las ciudades alemanas, japonesas, inglesas, etc. Que los “felices” 50 y 60, al menos en los países más ricos, con la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, fuesen suficiente para adormecerles, hacerles olvidar la naturaleza decadente y bárbara del sistema y nuevamente alimentar toda clase de ilusiones sobre el progreso, la mejora permanente de su situación o el paso parlamentario, pacífico y feliz a un “socialismo” de Estado tras los PC y PS que, bien les habían traicionado una y otra vez o eran cómplices de los del Este. Es más, la perversión de lo mejor del marxismo por los marxistas mismos y su conversión en una ideología justificadora de la explotación y opresión de los trabajadores por sus Estados o la burguesía privada amparada por ellos (países del Este, China...), con un sistema de campos de concentración, trabajos forzados y muerte ocultado, minimizado o justificado por muchos en nombre del marxismo. Que el régimen de esos países se hundiría para dar paso al capitalismo privado sin que los trabajadores hubiesen sido capaces de: a) recuperar “su” teoría marxista del “secuestro” por la tecno-burocracia (a pesar de recibir sus rudimentos en la educación obligatoria), sino al contrario, terminar por aborrecerla, y b) dar buena cuenta del poder tecno-burocrático con una revolución socialista. Que salvo unas minúsculas minorías, no exista interés en los trabajadores por “recuperar” el marxismo, ni por prestar atención a quienes tienen planteamientos revolucionarios (véase la difusión de la prensa y libros), relativamente (si no en términos absolutos), inferior a la del siglo XIX o etapas del XX; apenas iniciativa por crear grupos de estudio y acción (ni en regímenes democráticos) al margen de sindicatos y partidos; la pérdida de la memoria histórica, la ruptura de la cadena generacional, como si casi todo hubiese de comenzar de muy bajo; la inexistencia de un flujo importante de trabajadores conscientes capaces de organizarse permanentemente como dinamizador del resto y de la sociedad hacia la creación de otra.

Y que con unas fuerzas muy debilitadas se entraría en un siglo XXI en el que hasta la biosfera está amenazada por la 6ª gran extinción y el cambio climático a consecuencia de la degradación, codicia y ceguera de la civilización del capitalismo decadente.

Así que hay que reconsiderarlo todo. Si esta civilización está “preñada” con las fuerzas productivas y la clase social que permitiría su superación dialéctica. Si las condiciones sociales del proletariado juegan a favor o en contra de su liberación y en qué medida. Igualmente sobre su psicología. Y también sobre la naturaleza humana que en la mayoría de sus miembros (trabajadores asalariados, campesinos...) ha sido capaz de soportar con breve espacio de tiempo dos guerras mundiales y otras muchas localizadas de extraordinaria destructividad, además de la amenaza de holocausto nuclear (sobre todo, pero no sólo, con la “guerra fría”), terribles dictaduras, hambrunas, miseria, y ahora una profundización de la explotación del trabajo (neoliberalismo,

“globalización” imperialista) y nuevas amenazas a la supervivencia misma de la especie y de la vida en el planeta.

II.- El planteamiento de Marx y Engels a examen.

Marx y Engels dicen en “La Sagrada Familia” (1845) que el proletariado, por la deshumanización y penuria a la que le condena el capitalismo, se ve impelido a luchar por sus necesidades y humanidad llegando hasta el final, liberándose a sí mismo de su condición de clase y para esto acabando con la sociedad actual y por tanto liberando a todos de ella, incluidos los alienados pero beneficiados y conservadores burgueses.

Y continúan *“No se trata de lo que este o aquel proletario, o aun el proletariado en su conjunto, pueda representarse de vez en cuando como meta. Se trata de lo que el proletariado es y de lo que está obligado históricamente a hacer con arreglo a ese ser suyo. Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente predeterminadas por su propia situación de vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual. Y no hace falta detenerse aquí a exponer cómo gran parte del proletariado inglés y francés es ya consciente de su misión histórica y labora constantemente por elevar esa conciencia a completa claridad.”*

“La burguesía (...) cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables” (Manifiesto Comunista, 1847)

“El crecimiento del movimiento socialista se produce tan espontáneamente, tan constantemente, tan irresistiblemente, y al mismo tiempo tan tranquilamente como un proceso natural” (Prefacio de Engels en 1895, a la reedición de “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850” de Marx)

Las traducciones del texto de “La Sagrada Familia” pueden variar en algunas palabras (imaginarse, forzado, trazado) pero el sentido es claramente el mismo.

Marx y Engels (MyE) nos están diciendo que la condición proletaria, la clase, por sus características, destina a sus portadores (“trager”), las personas trabajadoras, a luchar hasta el final para recuperar su humanidad y cubrir sus necesidades, independientemente de lo que en un momento crean que es su meta. Está predeterminado, obligado, clara e irrevocablemente, por su ser de clase a esa misión histórica de carácter universal. Es su destino. La meta revolucionaria viene a estar inscrita en la naturaleza de la clase, es algo consubstancial, inmanente, tratándose entonces únicamente de que el proletario tome conciencia de lo que en verdad es su ser como clase (el paso de clase “en sí” a “para sí”). No es algo que debería hacer, sino que deberá hacer, tendrá que hacer, no podrá sino hacerlo, inevitablemente, como si le impulsase un programa genético de crecimiento, maduración, toma de conciencia de sí. MyE dan poca importancia a lo que los proletarios piensen en determinado momento de su situación pues creen que a largo plazo su condición social, su lugar en las relaciones sociales de producción, determinará su pensamiento y voluntad, les obligará a la revolución. Las clases son una categoría social referente a un lugar, papel, en unas relaciones sociales entre humanos, por lo que si se atribuye al ser proletario esa predeterminación es porque esa cualidad no corresponde a los humanos particulares o a los humanos en general que en otra situación social podrían expresar su deshumanización y necesidad en desesperación acabando en el suicidio o la revuelta caótica, sino a los humanos con ese papel en las relaciones sociales, es decir, incursos en esa clase social. Es la clase social, ese papel social, representar ese “personaje”, lo que saca a relucir, impulsa esa faceta, potencial, de la naturaleza humana, produciendo ese resultado revolucionario. Luego el factor diferencial teniendo en cuenta que en todas las clases, castas, estamentos, etc, sus portadores son humanos, es la condición de clase proletaria (trabajador libre pero dependiente del poseedor de los medios de producción para acceder a ellos y adquirir medios de subsistencia) de la que son portadores. Esto permite que la rebelión de los trabajadores contra su condición social no les lleve como a los esclavos de Roma a escapar en busca de la libertad (Espartaco), sino a apoyarse en su posición social para transformarla y convertirse en el trabajador colectivo libremente asociado, resolviendo así la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada haciendo que ésta sea también social.

Y todo parece apuntar a que para MyE, su victoria es, antes o después, inevitable pues los trabajadores son la base de la que depende la sociedad moderna, acabarán siendo la mayoría de la población, y su organización y movilización les hará irresistibles

Sería un proceso “natural” histórico. Por eso MyE usan la metáfora del parto. Siguiéndoles, se trataría de favorecer el proceso, evitando los abortos provocados por el capital, las gestaciones muy difíciles, nacimientos prematuros o con los riesgos de la edad muy avanzada, facilitar el parto y aliviar en lo posible sus dolores, pero el final feliz, antes o después, con mayores o menores dificultades y sufrimientos, estaría garantizado. La intervención comunista sería como la de una mujer gestante responsable y los médicos. Y eso que no conocieron las actuales posibilidades de fertilización, incluso de mujeres casi ancianas, dejando pequeño el milagro de Dios con Sara, madre de Isaac, esposa del patriarca judío Abrahán.

Si no confíasen en la inevitabilidad de la victoria no se entendería que no les importase mucho lo que momentaneamente se propongan los proletarios como meta, pues de no ser inevitable, eso precisamente pasaría a primer plano al no haber ninguna tendencia histórica que diese una seguridad razonable de triunfo ni a muy largo plazo, ni de acumulación ni de surgimiento espontáneo de la conciencia revolucionaria, por lo que deberían ganarse con esfuerzo las condiciones de conciencia necesarias, luchando por evitar los retrocesos -costosos de superar- y no esperar al futuro pues las condiciones sociales o de la lucha podrían ser peores que en el presente.

El triunfo final, a pesar de las múltiples derrotas, estaría garantizado por la potencia irresistible del determinismo histórico salvo que lo impidiese una fuerza mayor catastrófica, no prevista por MyE, por ejemplo el impacto de un asteroide como el que terminó con los dinosaurios o un cambio climático brusco y brutal que hiciese retroceder la civilización humana a un estadio más primitivo que el capitalismo y dándole un curso diferente. Sin embargo, una catástrofe así, no justificaría el fracaso del proletariado independientemente de cuando llegase, en el siglo XIX, XX, XXI o en el próximo. No se le puede dar tanto plazo a una teoría para demostrar su corrección cuando ya llevamos un siglo de decadencia del capitalismo con manifestaciones sobradas de barbarie a las que se sumarían las venideras. Pero el problema no se detecta sólo en la decadencia del capitalismo, es decir, desde comienzos del siglo XX con la Iª Guerra Mundial, sino ya desde mucho antes, en el siglo XIX.

En la cita del Prefacio de Engels parece confirmarse la corrección de su planteamiento sobre el proceso “natural”, pero en realidad lo que se estaba desarrollando con tanta fluidez no era el proletariado revolucionario sino sobre todo el reformismo de la clase, en buena parte cómplice del colonialismo imperialista de sus países y que en muy pocos años desembocaría en la hecatombe inter-imperialista de la Iª Guerra Mundial, donde los trabajadores socialistas se matarían entre sí en nombre de la patria con la bendición de los sacerdotes, de la mayoría de los dirigentes de la IIª Internacional y de los sindicatos obreros.

Hay en la Introducción a la Crítica de la Filosofía del derecho de Hegel, de Marx, 1843, otra reflexión menor en el sentido de que al negarse al proletariado toda propiedad (sobre todo de los medios de producción), por tanto, el proletariado niega con su existencia y con su lucha la propiedad privada de los medios de producción. Ese “por tanto” es una deducción supuestamente lógica, pero no hay una relación causal entre una y otra parte del razonamiento. Históricamente no se ha demostrado y cuando hay muchos trabajadores, al menos los de más edad y en los países ricos, que son propietarios de acciones por sus fondos de pensiones, algunos ahorros (aunque eso no les permita el acceso a los medios de producción, conseguir un empleo), quedaría en entredicho esa condición que causaría la negación de la propiedad privada, cuando además pueden ser propietarios de bienes inmuebles como la vivienda, aunque a costa de cargar durante años con la devolución del préstamo hipotecario. En cuanto a la dependencia de los proletarios, para subsistir, de trabajar para el capital, podría aducirse que, al menos hasta hace bien poco, en algunos países ricos europeos, sobre todo proletarios jóvenes, sin cargas familiares, se las podían arreglar bien trabajando justo el tiempo imprescindible para tener derecho al seguro de desempleo por una larga temporada, por lo que eran partidarios de contratos temporales relativamente cortos. Preferían así lo que para otros proletarios, sobre todo de países más pobres, es una fuente de incertidumbre, pues se ven en la calle sin cobertu-

ra de desempleo o apenas. Más complejo es el caso de los trabajadores cooperativistas, con acciones de sus empresas y más protección de la habitual.

No quiero entrar a analizar en detalle el pensamiento de MyE pues nos encontraríamos con que unas citas contradicen real o aparentemente a otras, problemas de interpretación y hasta tal vez de traducción. Me atenderé al marxismo tal como se viene entendiendo en medios marxistas opuestos al estalinismo y críticos con el leninismo.

Creo que la experiencia histórica de siglo y medio permite estudiar el problema sin que se convierta en un debate casi académico sobre lo que dijeron o dejaron de decir en el siglo XIX y cómo entenderlo. Es decir, qué es el proletariado, que ha hecho históricamente, qué puede hacer.

Repasando la exposición histórica presentada al comienzo, siglo y medio después de las palabras de MyE y con un siglo de decadencia del capitalismo, inhibiciones y derrotas del proletariado, me parece suficiente para desmentir la afirmación anterior de MyE. Una afirmación así, para ser cierta, debe fundamentarse en hechos, no sólo en indignación por la injusticia, deseos éticos, posibilidades y deducciones dialécticas. Y los hechos no van en esa dirección. Y cuando examinamos más detenidamente el planteamiento lógico, tampoco. Al referirse a la necesidad de la revolución para el proletariado no es lo mismo hacerlo en el sentido de conveniencia que en el *causal* de obligatoriedad, ley, que es el utilizado por MyE.

No es de recibo pretender que la postura de MyE es correcta y en vez de hacer un balance general de siglo y medio, analizar casi aisladamente en caso por caso las incongruencias, debilidades y derrotas del proletariado, buscando la explicación en cada situación y contexto concreto. Con ese método ya no se explica, sino que se excusa con tal de no ir a la raíz del problema y cuestionar este aspecto del marxismo.

Tampoco es aceptable sostener que el proletariado internacional no ha conocido todavía las condiciones de deshumanización y penuria extremas en las que reconocer el antagonismo de sus intereses con los de la burguesía y por las que se verá obligado a la revolución a escala planetaria. Si su reacción a lo conocido ha sido tan pobre a pesar de su extraordinaria gravedad (millones de muertos y miseria total) no sé por que deberíamos albergar esperanzas en que en una situación aun peor reaccione mucho mejor en vez de pensar que sería más de lo mismo, sólo que agudizado. Las condiciones de deshumanización y penuria extremas de los campos de concentración, trabajo forzado y exterminio no favorecen las rebeliones. Sin llegar a eso, dependiendo del punto de partida en cuanto a conciencia, organización y combatividad, el desarrollo puede ser muy diferente al encontrarse con una situación de empeoramiento extremo de las condiciones de vida. Partiendo del nivel actual de conciencia y de ruptura con las tradiciones revolucionarias, en una gran crisis económica, social, de la biosfera, militar, lo más probable es que la frustración, angustia y desesperación sea un buen caldo de cultivo para las alternativas demagógico populistas incluso falsamente socializantes (estatalización, etc) o de corte fascistoide en busca de “cabezas de turco”. Los trabajadores asalariados pueden resistirse, pero hay también -dependiendo de los países- importantes sectores de la pequeña burguesía tradicional (campesina, comercial) o de la nueva clase media (técnicos, funcionarios medios...) que pueden ser más vulnerables a esos engaños y decidir que los trabajadores asalariados no aportan soluciones sino que crean dificultades y es conveniente “disciplinarlos” más. Eso si el proceso de deterioro no es muy rápido como para generar ninguna respuesta, como puede ser una escalada hasta la guerra termonuclear en un proceso no deseado por todas las partes y que “se les vaya de las manos”. La desintegración de las condiciones sociales, el desempleo masivo, el pánico a perder el puesto de trabajo, pueden contribuir más al sometimiento que a la rebelión, como en la crisis de 1929 en Alemania; o a la dispersión de los proletarios que protagonizaron octubre 1917 cuando se hundió la economía y llegó el hambre, buscando qué comer en el campo.

La revolución rusa de octubre de 1917, inicialmente lo tuvo relativamente “fácil” por lo calamitoso de la guerra (Iª GM) para Rusia y del reparto pendiente de las tierras exigido por un potente movimiento campesino que era también el grueso del ejército ruso. Con dos consignas, paz y tierra, los bolcheviques pudieron ganarse a la inmensa mayoría de la población trabajadora. En Occidente, en los países ricos, será preciso un nivel de crítica al capitalismo muy superior para hacer posible la unidad tras objetivos de transformación socialista. Siendo la tarea más difícil y en profundidad,

habrá más opción a que las ofertas simplistas, demagógicas, “de emergencia”, como las populistas o fascistoides, se adelanten y bloqueen el paso.

La superación del analfabetismo, la difusión de la enseñanza media, profesional, técnica y universitaria no han significado ni por asomo un aumento proporcional del interés por el pensamiento crítico y menos por el marxismo. Creo que en términos relativos, en el siglo XIX y hasta mediados los años 30 del siglo XX había en los trabajadores un mayor interés por el pensamiento social y político. Sin embargo la burguesía sí que ha sabido aprovechar mejor sus medios para dotarse de una buena memoria histórica que la ha hecho mucho más experta, hábil, sofisticada en su capacidad de manipulación y control de la población, aunque no esté libre de “meteduras de pata”. Su capacidad de cooperación, desde lo económico hasta lo militar, cuando de enfrentarse a los trabajadores se trata, deja, desde hace unos ochenta años, muy por detrás el internacionalismo de las masas proletarias e incluso la capacidad de acuerdos y colaboración efectiva de quienes se consideran la vanguardia marxista.

Lo que parece claro, visto el siglo y medio, es que no hay ninguna garantía de victoria, y analizando más a fondo, que los proletarios no están forzados, obligados, predeterminados, impelidos, o como quiera decirse, a la revolución y que si esto último es así, con menos motivo cabe esperar la inevitabilidad de la revolución triunfante, nada menos que a escala planetaria, pues ese proceso puede que *ni siquiera se dé* y por tanto no haya ocasión para fracasar o ser aplastado.

III.- Mito, realidad y posibilidades del proletariado y del Partido.

Cuando está en juego el futuro de nuestra especie, no podemos seguir dependiendo por más tiempo de un planteamiento con unos resultados hasta hoy pobrísimos. Es la hora de apostar por otro. Es tiempo de sobra y más cuando ya ha pasado un siglo de decadencia del capitalismo (bautizada con la Iª Guerra Mundial) en el que supuestamente la clase obrera debía haber resuelto el problema. Es más, si reaccionamos, lo estaremos haciendo con un retraso enorme, quizás demasiado tarde.

Lo primero que me parece debemos superar es pensar en el proletariado demasiado en abstracto. Es una categoría social que sigue igual en lo fundamental (dependencia del salario para vivir, no control de los medios de producción o al menos, del conjunto de las relaciones sociales de producción) pero soportada por personas concretas, hombres y mujeres con sus peculiaridades sociales e individuales que viven una cantidad limitada de años y en general sienten su condición no según criterios sociológicos e históricos, sino según su propia experiencia, cuya interpretación a su vez depende de su ideología, inteligencia y sensibilidad. De la experiencia, con mucha dificultad sacan las debidas lecciones políticas. Menos aún de las experiencias de otros colectivos del mundo y no digamos del pasado. Aunque hay un cierto relevo generacional, algunos trabajadores pasan a la pequeña burguesía, con más probabilidad sus descendientes si tienen estudios, pero sobre todo llegan nuevos proletarizados desde la pequeña burguesía tradicional o moderna que deben adaptarse a las nuevas condiciones. Si su experiencia la consideran aceptable o tolerable probablemente esté poco motivado para considerar algo más que le lleve a cuestionar esta civilización. El relevo generacional no garantiza la continuidad de la memoria histórica y menos de los objetivos revolucionarios. Como la clase no ha demostrado ser políticamente lo que decían MyE, esta realidad empírica, humana, de los portadores de la clase, es una razón más para poner el peso en los/as proletarios/as y no en la clase y su supuesta misión histórica universal; pero no para caer en la atomización o privilegiar los aspectos heterogéneos (sexo, raza, religión, nacionalidad...) en la constitución del proletariado internacional, en lugar de aquello que los hace similares y más capaces de unirse, primero como trabajadores y, más avanzados los criterios, como seres humanos explotados y oprimidos capaces de liderar a la Humanidad con humanidad.

Del antagonismo entre proletariado y burguesía MyE deducían que la clase estaba *destinada* a abolirse a sí misma. Aunque la existencia de un conflicto de intereses es la base para poder cuestionar y superar el sistema social, no lo garantiza ni a corto, ni medio ni largo plazo, como hay enfermedades crónicas sin cura, por mucho que estimulen los cuidados y la investigación. El problema

no es sólo que no esté garantizada la victoria de la revolución sino que ni siquiera se dé el proceso revolucionario a escala no ya mundial, sino de muchos países y en particular de los más desarrollados.

La clase proletaria no es revolucionaria en su ser ni por su antagonismo con la burguesía pues por muy irreconciliable que pueda llegar a ser su lucha no está destinada a la revolución ni como clase aporta las relaciones sociales de producción (dominada y desposeída) ni las fuerzas productivas (cualificación, organización del trabajo) necesarias para un nuevo modo de producción o civilización.

MyE, al comienzo del Manifiesto Comunista, sostienen que una sociedad puede hundirse aunque haya lucha de clases porque ésta no encuentra una salida revolucionaria. Como además lo demuestra la cita anterior del Manifiesto Comunista, entiendo que estaría pensando en el imperio romano y los esclavos, no en el proletariado inevitablemente triunfante a pesar de los obstáculos y de la necesidad de su autotransformación (como un niño está “destinado” a crecer físicamente y madurar psicológicamente, con más o menos fortuna hacerse adulto y eso es inevitable). Esta confianza en un proceso casi “natural” se debe a que en su propia condición de clase estaría inscrito irrevocablemente su destino (como los genes) revolucionario. Por ello MyE tuvieron esperanzas tan infundadas en el proletariado y no calibraron bien la profundidad y peligrosidad del reformismo. Y en cuanto a la alienación, en un maravilloso proceso dialéctico impulsado por la necesidad, se podría pasar desde la mayor deshumanización hasta la proclamación de su humanidad y el liderazgo de la Humanidad.

La clase social implica un lugar en las relaciones sociales de producción, un papel social, un “personaje” a interpretar con un argumento fijado, y la clase proletaria no da más juego que la de ser una clase para el capital, del capitalismo, que no puede existir sin su par, la burguesía (sea en forma privada o tecno-burocracia). La burguesía impulsa la existencia de proletarios (como en la acumulación primitiva de capital), y los proletarios, dadas sus características como fuerza productiva en la división social del trabajo capitalista, intelectual-manual, dirigentes-dirigidos, organizadores-organizados, acaban reclamando la existencia de una capa social de tecno-burocracia, burguesía bajo diversas fórmulas jurídicas, para complementarlos y que finalmente los explotan. Pero los seres humanos tenemos una flexibilidad en los comportamientos y capacidad de elección de la que carece el papel asignado en la clase social (las “reglas del juego”), y aunque ésta condicione la conciencia, también la conciencia puede, con método y sensibilidad, descondicionarse y tomar las riendas del comportamiento. Y en esto radica el potencial de los seres humanos proletarios, capaz de ponerlos por encima de las limitaciones de su papel social en cuanto que clase. Ese potencial sólo puede expresarse si hay mucha intención de hacerlo; no está forzado por nada a expresarse, ni por condicionantes materiales ni por la subjetividad humana, por lo cual puede no activarse nunca.

La burguesía no tenía en su condición de clase un obstáculo para alcanzar el poder y lograr todo su desarrollo, sino su base de apoyo. Le bastaba con afirmarse, reforzar su naturaleza de clase, su riqueza.

Los proletarios, es decir, las personas de condición social proletaria, tienen en su condición algún punto fuerte (trabajo colectivo, etc), pero no dejarán de tener una posición subordinada si no se libran, no sólo de la burguesía sino de su misma condición de trabajadores que de por sí crea el caldo de cultivo para el surgimiento de una burguesía tecno-burocrática. Los trabajadores no alcanzarán el poder a base de reafirmarse, reforzarse como clase, pues en cuanto que clase, lo es para el capital, sea cual sea su forma jurídica.

Cierto que en un principio, los trabajadores, no pueden pegar un salto de conciencia, y primero deben reconocerse como grupo social explotado, oprimido, que debe unirse para defenderse. Pero tampoco deben quedarse ahí y hacer la apología del sufrido trabajador oprimido pero orgulloso porque sostiene sobre sus espaldas el mundo y algún día heredará la Tierra. Así que superado un nivel elemental, se debe aspirar a que la conciencia de los proletarios (de las personas) sea una conciencia “antiproletaria”, en el sentido de contraria a su condición de clase. Si para el burgués su condición es motivo de orgullo (decir que no debiera serlo es no entender el papel del orgullo en la validación de la identidad del ego), para el trabajador no debe serlo la suya, tanto por su carácter subordinado, como porque debe ir superando esa trampa del orgullo si quiere liderar a la Humanidad.

dad, reconociendo su identidad como humano, validado como tal sin necesidad de las pertenencias (de bienes o a una clase, nación...) a las que se aferra el ego y con las que el sistema quiere encadenarlo aun más a sus valores. Pero como no se trata de aborrecer cualquier trabajo (imprescindibles para la vida), se debería aspirar a constituirse en lo que MyE llamaban trabajador colectivo, libremente asociado.

La condición proletaria no es portadora (“trager”) ni de fuerzas productivas ni de relaciones sociales de producción propias del socialismo-comunismo, sobre todo considerando las necesidades ecológicas ante el cambio climático, el límite de los recursos del planeta para la actual población y futura, y por consiguiente la necesidad urgente de una gran revolución científico-técnica y de un replanteamiento de cuáles son nuestras necesidades posibles de satisfacer. Por ahora no se puede soñar con el comunismo de la superabundancia de MyE dada la imposibilidad de extender a escala planetaria el consumo de recursos de los países ricos y su impacto en el medio ambiente por ser insostenible para la vida en el planeta tal como la conocemos y debemos preservar, a riesgo de desatar procesos que podrían rematar la 6ª extinción provocada por nosotros incluyéndonos también.

La burguesía sí era “trager” de las relaciones sociales del capitalismo por su poder económico, dinámica de acumulación D-M-D’ (Dinero-Mercancía-Dinero +) y la creación de los productores “libres” gracias entre otras cosas a la presión de la violencia más brutal (acumulación primitiva del capital). La burguesía ya tiene en la dinámica D-M-D’ el motor de su Programa y hasta ahora era factible llevarlo adelante aunque con un altísimo costo para la Humanidad y el planeta.

La condición social proletaria, estructuralmente, en su esencia, es subordinada, para el capital, no hay en ella ningún potencial de autosuperación (como la dinámica D-M-D’ del capital) o cualquier otra como la llamada contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada, que es verdadera, pero que no obliga a la clase a superarla ni la clase tiene la capacidad para hacerlo (subordinada, sin dominio sobre medios de producción); y en cuanto a sus características como fuerzas productivas están condicionadas por el capital para su mejor servicio (la “organización científica” del trabajo), y para colmo, a diferencia de la burguesía con el feudalismo, los proletarios carecen de poder económico y sólo pueden conquistarlo con la revolución a la vez que eliminan el poder económico clasista.

Por tanto no hay una contradicción irreconciliable si eso quiere decir que apunta, como destino o siquiera tendencia dominante, a una solución revolucionaria. La condición proletaria no garantiza ni a corto, ni a medio ni a largo plazo comportamientos revolucionarios de suficiente profundidad y extensión como para cuestionar el capitalismo mundial y por tanto, ningún destino supuestamente inscrito en su naturaleza. En MyE, enfatizar la identidad de clase no era sólo el punto de arranque de su autonegación, sino el resultado lógico de su creencia en el potencial estructural y el destino irrevocable, inscrito en su propia condición de la clase sobre sus portadores. Por eso era importante para ellos enfatizar la identificación como clase “para sí”, con conciencia de clase con *destino* revolucionario, cuando mejor sería insistir en nuestra voluntad de desaparecer como clase en lugar de reafirmarnos como tal, hablar más de abolir el trabajo asalariado, constituir el trabajador colectivo libremente asociado, contra la clase. La lucha de fondo no es de clase contra clase, sino de los trabajadores contra las clases. Y aunque esto está sin duda en MyE y su insistencia de luchar contra el trabajo asalariado y no quedarse en la lucha salarial, por su concepción lógicamente ha quedado relegado pues en la clase no ve sólo o ante todo las cadenas, sino la condición de la liberación con toda la argumentación de la contradicción fuerzas productivas (carácter social), relaciones de producción (apropiación privada). Esto está ligado a toda la concepción de la Historia como lucha de clases. *Hoy debemos decir que en esta sociedad las clases en lucha están condenadas a llevar la civilización a la barbarie pues ninguna de ellas está preñada de un futuro liberador y las fuerzas productivas (modeladas para servir a esta civilización) son ya en muchos sentidos destructivas. Sólo los seres humanos por su conciencia (social, política) y sensibilidad (humanidad, empatía, solidaridad, compasión...) y de modo muy especial, los que sufren la condición proletaria (por su posición clave en el sostenimiento de esta sociedad y no porque gracias a su posición puedan liberarla), pueden ser los llamados (otra cosa es que quieran seguir el llamamiento) a liberarse de los condicionamientos que nos conducen al sufrimiento y la probable extinción.*

La condición proletaria es importante por ser la viga maestra que sostiene esta sociedad, no por serlo de la sociedad futura ni siquiera por anunciar su llegada. La importancia de la clase (lugar, situación, función, papel, “personaje”) es negativa y la de los trabajadores (personas que pueden ejercer diversos papeles) *podría ser* positiva por ser esas personas las que *podrían si lo quisiesen* (no están destinadas a ello en ningún sentido fuerte o débil) constituirse en fuerza social revolucionaria para luchar por crear las condiciones que permitan el surgimiento del trabajador colectivo libremente asociado.

MyE eran deterministas y por eso cuando se refieren al *destino* del proletariado están pensando en las condiciones materiales que determinan la conciencia. Para ellos la Historia es la historia de la lucha de clases, a su vez determinada por la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, a su vez por el desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso lo revolucionario está en la clase, en su naturaleza social (lugar, situación, función) y no en el antagonismo de los trabajadores con la burguesía que con otras características de clase no daría el mismo resultado. La clase proletaria (lugar, función) empujaría a sus portadores (los/as proletarios/as) al antagonismo hasta la revolución. No se puede salvar la verdad del *destino* de la clase incluyendo la excepción: “salvo que” factores propios de la naturaleza humana lo frustren. La teoría dice que es precisamente el lugar-“personaje” interpretado en esa relación social el que determina los resortes de la naturaleza humana que se movilizan y cómo lo hacen. Así que si los pronósticos sobre el proletariado fallan, podemos decir que hay un problema con el comportamiento o la naturaleza humana por aguantar casi todo “lo que le echen” (¡menudo siglo XX!), pero la clase social no puede salir indemne pues es también una relación social humana y supuestamente determinante de un comportamiento revolucionario. Pero si no podemos creer en la clase, su determinismo y destino, menos podemos creer en el determinismo y destino de *los/as proletarios/as* (¿por la astrología?) para hacer la revolución y entonces ponemos todo el énfasis en la conciencia, la sensibilidad, la voluntad. Ahora sí deberá tener su protagonismo el antagonismo con el capitalismo pero sólo si nosotros lo deseamos será irreconciliable en el sentido de no tener tregua hasta la victoria. Lo importante que pueden aportar los trabajadores al comunismo no es su condición de clase proletaria, su actual cualificación técnica (precisa del complemento de la tecno-burocracia), ser supuestos portadores de fuerzas productivas y relaciones de producción socialistas-comunistas; todo eso es básicamente negativo y falso, en todo caso, necesitado de superación rápida. Su aportación sería sobre todo política, como *fuerza social revolucionaria* al convertirse en portadores, sostén (“trager”) de un programa de transformaciones de la civilización en la dirección de una sociedad fraterna, sin clases, y también, lo veremos, la vanguardia de una revolución psicológica en la identidad personal y social.

Lo seres humanos que sufren esa condición viven en cuanto que trabajadores y seres humanos una condición alienada que sólo podrán superar librándose de esa condición social para lo cual deben contar sobre todo con su conciencia y capacidad de luchar unidos, constituirse en lucha como esbozo del trabajador colectivo, “renegando” de su clase que ante todo son sus cadenas. Con las cadenas a veces se puede golpear o rodear la garganta del enemigo (huelgas, concejos de empresa, etc), pero no construir una vida liberada. La condición de clase no es una base para el poder futuro pero puede llegar a convertirse en un punto (no base) de apoyo, como un trampolín, para desprenderse de ella, pero si se apegan a eso con el “obrerismo” la confianza en su potencial y destino, etc, (toda la mitología marxista), se convierte en una tabla para dar tumbos, y ellos en adoradores de sus cadenas, aunque cambien de forma (nacionalizaciones, “autogestión”, cooperativismo, etc).

MyE tienen el atenuante de que en su tiempo los proletarios estaban empezando a tomar conciencia de su condición y a organizarse en sindicatos, etc. Por eso tenía sentido enfatizar la identidad de clase y organizarse teniendo en cuenta ésta, como clase, en los centros de trabajo, con partido propio, etc. Incluso la creencia en el destino revolucionario, de origen filosófico hegeliano, sirvió como estimulante ideología religioso-política, milenarista, mesiánica con claras raíces cristianas, aunque con serios riesgos ya en confiar en un futuro seguro que vendría casi solo, de la mano del desarrollo capitalista o de su crisis. Hoy ese énfasis en la condición proletaria sólo puede ser un aspecto meramente táctico en un planteamiento general muy diferente, no sólo por una mayor comprensión sino porque el tiempo ya juega claramente en nuestra cuenta y del planeta mismo. Y en cuanto al “mesianismo” ya no es parcialmente funcional sino totalmente contraproducente porque

fía al determinismo, al destino, a muy largo plazo cuando las tareas son ya muy urgentes y la conciencia, sensibilidad y voluntad deben ponerse al tope de su capacidad.

Hoy más que en el siglo XIX y XX, el “obrerismo”, la creencia en el potencial revolucionario estructural, en su ser, de la clase (lo que la obligaría inevitablemente, a largo plazo, a hacerse “para sí”), es una apuesta a favor del fracaso. Hoy precisamente, cuando la Humanidad ha entrado en una crisis que puede ser terminal, los/as proletarios/as (las personas) deberían reivindicarse como los seres humanos con menos intereses particulares, capaces de cuestionar todas las cadenas clasistas, levantar un Programa de Transformaciones a escala planetaria y con él encabezar a la Humanidad en una fase histórica de crisis de la especie y del planeta mismo. Y lo difícil, poco probable y grandioso de esto, es que sería un acto de alta conciencia, sensibilidad y voluntad, no algo forzado por su función social.

El trabajador colectivo libremente asociado no es una solución corporativa para los trabajadores asalariados, sino la alternativa para el trabajo humano en esta fase de la Humanidad dado que no podemos prescindir del trabajo, aunque adquiriera otro carácter. Es en este sentido que debemos recuperar a MyE, contra el determinismo de su dialéctica e idealización estructural de la clase. Es decir, *no es la clase a través de sus portadores humanos, ni los humanos gracias a la determinación de su clase, sino los seres humanos capaces de sobreponerse al condicionamiento alienante, embrutecedor, de esa condición de clase*, quienes reclamarían su humanidad y abanderarían la humanidad de todos para salvar a la Humanidad de sus crisis tal vez definitiva.

Por eso, hay que dejar de hablar de una vez de la clase obrera y del proletariado (como clase) y referirse a *los/as proletarios/as por el comunismo* (o como al final lo llamemos). Hacia ahí debemos apuntar con decisión, lo cual no quiere decir que no puedan haber muchos sectores del proletariado que deban pasar por una fase más primaria de conciencia de colectivo explotado, pues su psicología personal y colectiva está demasiado atada a la **identidad-pertenencia** (a un grupo social, nación...) (**Nota 1**). Pero si no tenemos claro lo dicho, volveremos a repetir lo mismo hecho hasta hoy, que al final crea un apego, aunque sea masoquista, un orgullo tonto de “pisoteados, pero pilares de la civilización porque sostenemos el mundo (burgués) con nuestro trabajo”, etc, que no conduce más que a reproducir a la clase, bien sometida al capital habitual o reivindicando nacionalizaciones, estatalizaciones, ocupando empresas “autogestionadas” en medio del mercado capitalista nacional e internacional, creando cooperativas del primer mundo que explotan el trabajo del Tercer Mundo, etc. Es en esto en lo que se debe insistir o no habrá forma de crear una épica revolucionaria adaptada a las condiciones del siglo XXI.

En cuanto a la cuestión del Partido político, como ya no se trataría de la tarea imposible de que una clase para el capital se convierta en una clase “para sí” capaz de autonegarse como clase como el mejor modo de afirmar sus intereses “de clase”, nos libramos de todas las trampas a que eso conduce por su imposibilidad: la combinación de desconfianza en la actividad real de los trabajadores y a la vez fe “teleológica” en su destino. Como los trabajadores reales no están a la altura de su idealización, se ve necesario el refuerzo, desde fuera, de los intelectuales -Kautsky, leninismo-, pero al mantenerse la creencia teórica en su naturaleza revolucionaria, es admisible que el Partido, su mejor representante, el más consciente de sus verdaderos intereses, la sustituya “delegado” y “avalado” por una clase consubstancialmente revolucionaria aunque “temporalmente” no ejerza esa capacidad. Y como la clase sigue quedando en un papel subordinado tanto más porque el Partido acaba teniendo intereses propios que entran en contradicción con la clase, termina suplantándola y en el siguiente paso, oprimiéndola y explotándola. A la vez, para enmascarar todo esto, se cultiva el culto al trabajador, y “su” teoría revolucionaria, como una nueva religión laica de Estado. En el proceso, se reprime que los trabajadores se autodirijan, autoorganicen y cuestionen hasta la raíz su condición de clase, como si la propiedad estatal, cooperativa, etc, fuesen su meta y el final de su condición de explotados. Utilizando una analogía podríamos decir que pasamos del proletariado como “buen salvaje” de MyE que madura en un proceso “natural” con la ayuda de las crisis, al indígena del “protectorado” al que “civiliza” el Partido representativo sustitutista de Kautsky y el leninismo, y finalmente al colonizado víctima del abuso, explotación y opresión del estalinismo o post-estalinismos.

Quien sostenga que en los países llamados socialistas, siquiera en lo substancial, el poder era de los trabajadores o había alguna base social socialista, los deja en peor lugar pues ¿qué especie de clase revolucionaria es la que se deja desalojar del poder con tanta facilidad, sin resistencia o incluso contribuyendo al hundimiento del régimen y de sus posiciones de poder, para que vuelva a imperar la burguesía privada, en muchos casos en su versión más gangsteril?.

Las personas más conscientes y decididas a luchar por el comunismo (o como le llamemos) se organizarían en un partido que al no ser de la clase y no pretender representarla ni defender “los verdaderos intereses de clase”, no se arrogará ninguna autoridad, ni sustitución sobre la clase y las decisiones que quieran tomar los proletarios. Sólo representa la opción que toman unos proletarios, diferente de otros que preferirán apoyar el capitalismo con “Estado del bienestar”, el cooperativismo o la variante del capitalismo de Estado, es decir, que se identifican con su clase y por tanto, la perpetúan y con ella el otro lado de la moneda, la burguesía privada o la burguesía tecnocrática o burocrática.

Estos comunistas buscarían persuadir a la inmensa mayoría para que abraza su opción. Pero al no pretender representar “la verdadera naturaleza e intereses” de la clase obrera ni el destino determinado por la Historia -por tanto *indiscutible*-, ni ser los intérpretes autorizados para leer en el libro de la Historia, ni la más alta expresión de la conciencia de todo esto, no estarán legitimados como fuerza coactiva e inquisitorial dentro del proletariado, imponiendo el criterio del Partido, que todo lo sabe, sobre los trabajadores reales “no conscientes de sus verdaderos intereses” ni de los planes que para ellos tiene la Historia. No puede tutelar ni sustituir a nadie. No representa a una clase que a su vez encarna el destino y la verdad histórica y que por tanto puede ser el juez máximo entre lo correcto y lo que no lo es, sobre otros sectores sociales y sobre cada individuo en particular. El Partido y más en concreto, su dirección, no puede arrogarse el papel de encarnación máxima de la verdad, la justicia, la conciencia, el sujeto, el juez, de la Historia, con autoridad para someter a las masas a su dictado y al individuo al de la masa. Aparte la disciplina interna como en cualquier asociación, ya no está autorizado para someter a nadie en nombre de nada. Ya no puede convertirse en ese ente totalitario, representante de lo colectivo frente y contra el individuo, calco del Estado, el padre patriarcal tribal, la Iglesia católica inquisitorial, portavoz y delegado de Dios juez supremo, la Ciencia, la Historia, etc. *Es una opción que no tiene la garantía de la verdad y que debe competir con otras en buena lid para ganarse la confianza de las masas y demostrar su validez en la práctica.* La verdad saldrá tanto mas fácilmente a la luz, cuantas más personas participen en la elaboración de línea política, reflexionen sobre sus condiciones de existencia y cómo transformarlas. Dado que esto no está inscrito en su situación de clase ni en la Historia, etc, sólo puede ser un proceso consciente de descubrimiento y elección de opciones, sin una verdad previamente establecida o revelada y patrimonio de una minoría supuestamente capaz de interpretarla. Los comunistas ya no tienen justificado cualquier acto por los fines incuestionables, porque la Historia escribiría (como Dios) con renglones torcidos pero sabría donde va, pues la Historia a fin de cuentas, ya les habría absuelto de todo. Ya no puede ser el pretexto para un pensamiento cerrado, el resentimiento, la sed de poder, la venganza, la persecución.

La participación de parte de los intelectuales apoyando el movimiento de los proletarios es deseable y su contribución al conocimiento, imprescindible. El problema estriba en su rol y legitimidad. Si van a impulsar la autodirección y autoorganización de los trabajadores o al contrario la delegación sindical-parlamentaria con todo su paternalismo autoritario, reproduciendo las relaciones y división dirigentes-dirigidos. Si van a favorecer que los propios trabajadores estudien, piensen y elaboren línea política y Programa, o mantendrán la división social pensantes-ejecutantes. Si entienden que su legitimidad es la de defender una opción conveniente con una base racional y científica o la Verdad avalada por la Historia y con derecho a imponer a los “inconscientes” trabajadores incluso por la violencia.

De las característica de la clase, de la naturaleza humana y en particular de los/as proletarios/as no cabe en buena lógica la conclusión de que *por tanto* se verá obligada a hacer la revolución comunista y además triunfará. Es una argumentación abusiva, tanto si triunfa como si no, y desmentida de sobra por siglo y medio. Los proletarios sólo tienen una probabilidad seria si superan su identidad-pertenencia clasista.

Con la visión de la clase, los proletarios y la organización de los comunistas que propongo, éstos deberían también avanzar en la superación de la identidad-pertenencia. Ya no se podrán refugiar en el elitismo partidista, ni beneficiarse de su autoritarismo sobre los trabajadores; ni en una clase con misión histórica que de sentido a la Historia y su parte personal en ella e incluso una finalidad y sentido a su vida. Deberían plantearse de otra manera la integración en la Humanidad y el sentido de la vida. Para no repetirme sobre esta cuestión remito al lector a mi texto **“Militancia, la crisis de finales de los 70 en España. Unas lecciones y orientaciones”**, disponible en kaosenlared.net.

Con el planteamiento renovador que estoy presentando nos centramos en algo no más fácil, pero sí menos contradictorio y por tanto con posibilidades reales de salir un día adelante (ya contra-reloj) o al menos de no tener efectos tan perversos, que es proclamarnos como seres humanos con una identidad de especie y planetaria, superando la identidad-pertenencia grupal, que deseamos liberarnos de nuestra condición de clase bajo cualquier forma (privada, estatal, cooperativa...) y de todas las clases pues reivindicamos un nuevo tipo de trabajador colectivo, libremente asociado, dueño de sus condiciones de existencia en una civilización diferente, levantando para ello las banderas de un Programa de Transformaciones con el que liderar a la Humanidad.

Con el planteamiento de MyE de la clase, su determinismo e inevitabilidad del triunfo, el desarrollo histórico real de siglo y medio es inexplicable, pues lo contradice totalmente. *Las experiencias revolucionarias de los proletarios no son suficientes para convalidar el marxismo, pero sí lo son para inspirar confianza en la posibilidad del planteamiento que aquí hago*. Las intenciones de los proletarios son incapaces de confirmar las previsiones y expectativas del marxismo, pero son bastantes como para dar una base real a mi posición de la posibilidad de constituir una fuerza social revolucionaria protagonizada por los proletarios, con probabilidades de triunfar. Algo desde luego muy alejado de las previsiones triunfalistas y de cualquier finalismo histórico, pero más realista y lógico. No cabe por tanto hablar de ley histórica, finalidad, destino irrevocable, etc, en la lucha por el comunismo, en la clase. Pero sí de que en las/os proletarias/os, por sus hechos, encontramos en ocasiones lo suficientemente significativas, la tendencia (inclinación, propensión) al comunismo, o cuando menos, a cuestionar sus cadenas, pero que no es ni mucho menos continuada ni generalizada, ni histórica ni planetaria.

Visto en cierto modo el cambio de planteamiento parece pequeño, sutil, imperceptible, pero es un gran cambio. Visto de otro modo, parece una herejía, pero es fiel a la mejor aspiración marxista que no deseaba los resultados monstruosos que se producen gracias a (no igual a “a causa de”) la inconsistencia de sus planteamientos deterministas y clasistas. Si MyE, que estuvieron en la vanguardia del pensamiento de su época, pudiesen presentarse hoy, seguro que serían mucho menos “marxistas” que la mayoría de sus seguidores actuales y reconsiderarían de arriba a abajo todo su planteamiento, en particular sobre el proletariado. Un indicio de su capacidad creativa lo tenemos en las últimas reflexiones de Marx sobre la posibilidad de ahorrarse Rusia el paso por el capitalismo gracias a la comunidad agraria rusa y el socialismo occidental, y en la actitud de Marx ante los planteamientos de sus seguidores, al declarar que él no era “marxista”. Una mentalidad muy diferente de la que llevó a momificar a Lenin y todos los cultos a la personalidad “marxistas”.

Dicho esto, habrá quedado claro que si no creo en la clase proletaria revolucionaria, sí creo que, aun con mucha dificultad, los/as proletarios/as podrían llegar a constituirse en una fuerza social revolucionaria contra esta civilización por otra capaz de avanzar en la superación de las sociedades de clase de explotación, opresión y depredación de la biosfera; que para ese papelón no hay suplente que valga, ni en los sectores marginales, ni en las razas discriminadas, ni en las nacionalidades oprimidas, ni en los campesinos del mundo, ni en la tecno-burocracia, etc; que su fuerza no vendrá de condicionamiento social ni ley ninguna de la Historia, sino de la conciencia, la inteligencia y la humanidad empática, solidaria, compasiva.

Los marxistas cuando hoy se aferran a la concepción de mediados del siglo XIX de MyE, son como la corte del emperador supuestamente vestido con un traje invisible para los insensibles, haciendo el juego a los que desde el sustitutismo (ciertos leninismo y trotskismo) o la suplantación pura y dura (estalinismos se reclamen o no de Stalin) (**Nota 2**) quieren hacernos creer eso, cuando hay que tener la mente inocente del principiante para señalar la verdad que está desde hace mucho tiempo a la vista de todos: MyE se precipitaron en esta cuestión central. Y no querer reconocerlo es

un indicador del problema de la identidad-pertenencia en esa persona, aunque no haya intereses materiales en ello. Sabido es la “seguridad” emocional que aportan las sectas a algunos por muy negativas que sean.

He mencionado varias veces el concepto “*identidad-pertenencia*”. Éste nos lleva a una cuestión de calado. Nos permitirá comprender mejor por qué toleramos un modo de vivir en sociedad tan estúpido y destructivo y nos aportará herramientas psicológicas para superarlo. Para profundizar en ello y no repetirme, remito al texto y libros a los que me refiero en la nota 1.

Pero antes debemos dar un repaso a los retos que tiene ante sí la Humanidad en este siglo pues nos ayudarán a entender por qué debemos superar la identidad-pertenencia grupal (de clase, nacional..) si queremos evitar la exacerbación de la decadencia y la barbarie.

IV.- Los retos del siglo XXI.

Paso a relacionar brevemente los principales factores que condicionarán este siglo y por tanto a las/os proletarias/os.

- Aumento generalizado de la explotación de los trabajadores a escala internacional por el capitalismo neoliberal “globalizado” que en su decadencia provocará crisis económicas que se irán agravando combinadas con otros de los factores, y que pueden traducirse en guerras.

- Creciente tendencia a la degradación social y a la barbarie, que se traducirá en sectores de la población mundial marginalizados, “sobrantes” y lumpenizados, terrorismo y guerras interimperialistas locales pero con riesgos de extenderse.

- Próximo final de la era de los combustibles fósiles (petróleo y derivados) sin alternativas claras ni cualitativa ni cuantitativas, con los consiguientes riesgos de conflicto internacional, incluso bélico, por el control de recursos escasos y encarecidos.

- Crisis medioambiental por el cambio climático y sus consecuencias para la supervivencia que pueden llegar a ser gravísimas y en la peor situación provocar nuestra extinción sobre todo si se combina con los conflictos que surgirán por los recursos más elementales como el agua y las tierras de cultivo.

- Doble crisis demográfica por el extraordinario aumento de la población y su envejecimiento en casi todo el mundo, sobre todo en los países ricos, lo que afectará negativamente al potencial de empuje renovador de la juventud.

Todos estos factores se irán manifestando en momentos probablemente diferentes, con desigual ritmo e intensidad por lo que es imposible prever sus combinaciones. En cualquier caso el panorama no tiene nada de tranquilizador sino al contrario.

Para no repetirme en la exposición de estos problemas y sus consecuencias, remito al lector interesado al artículo “**Siglo XXI, perspectivas**” en kaosenlared.net.

Ante estos retos que afectan a todo el planeta, resulta bastante clara la necesidad de una perspectiva mundial y de Humanidad, la superación de los planteamientos parciales, fragmentarios, los corporativismos, clasismos y nacionalismos, con sus correspondientes identidades-pertenencia y disponer de una alternativa internacional, plasmada en un Programa de Transformaciones para superar esta civilización.

Dicha alternativa, para hacerse efectiva, deberá apoyarse en la superación de las identidades-pertenencias (a la clase, nación..) lo que implica un salto en la percepción de la propia identidad personal. Estrechamente relacionado con esto, nos encontramos con que las limitaciones al crecimiento económico, tanto por recursos como por la capacidad para la biosfera de soportar nuestro impacto, nos van a exigir muchos cambios en el modo de entender nuestras necesidades, la relación con los objetos, el consumo y la posesión. Esto también acabará afectando a nuestro sentido de identidad pues ahora, gran parte de él y del sentimiento de la propia valía, dependen de la identidad-pertenencia también en el sentido de *lo que me pertenece* (bienes muebles, inmuebles, titulaciones, o afectivo-posesivos).

V.- Las cadenas y cómo romperlas; herramientas.

¿Qué es lo que ata a los trabajadores a su condición, haciéndoles casi imposible superarla?. Se puede hacer este diagnóstico aproximativo, intentando distinguir los factores no obstante estar estrechamente relacionados.

1) La necesidad. Dependencia para sobrevivir de trabajar para otro que controla los medios de producción-circulación dinero-distribución, estableciéndose entre las partes una dependencia asimétrica a favor del capital. Esto queda oscurecido por la ideología que surge espontánea de la supuesta relación de contrato de venta-compra de trabajo entre partes libres e iguales ante la ley. El conflicto se establece así en conseguir el “precio justo” para ambas partes, el regateo salarial, sin cuestionar el origen de la acumulación del capital, del beneficio y buena parte de los ingresos capitalistas, en el trabajo no retribuido, aunque el trabajador considere justo el salario (directo o indirecto, seguro médico, de paro, etc) recibido.

2) La identificación, para una buena “adaptación”, con los valores de esta sociedad, aceptando sus “reglas del juego” básicas, la posesión capitalista, no cuestionando la posición social subordinada por ser un trabajador. Así mismo, con la democracia política en el capitalismo, que nos reconoce libres e iguales, aunque este “contrato social” sea muy similar al contrato de trabajo del factor 1) (a más poder económico, mayores medios de influencia “democrática”) y la función fundamental del Estado sea asegurar, por medios violentos o no, esa relación social desigual de hecho.

3) La obediencia, la resignación, el fatalismo, el servilismo, la sumisión, por la domesticación desde la infancia, reforzada por la necesidad y la identificación, la disciplina laboral, la represión social y política, junto a la falta de perspectivas por un historial de fracasos, sin poderosos ejemplos alternativos.

4) La poca confianza en sus propias capacidades como colectivo, fuerza social revolucionaria, contaminados por los tres factores anteriores y por el hecho de que la clase proletaria es una clase que no tiene futuro fuera del capitalismo, a diferencia de la burguesía fuera del feudalismo. La ignorancia y desconfianza en que otro mundo, otra civilización, otro papel como trabajador, sean posibles.

5) Su validación personal, debido a los factores anteriores, depende de lo que esta sociedad valore como bueno, es decir una personalidad orientada en la dinámica del “tener” frente al “ser” (Fromm) con una identidad-pertenencia.

6) Su identidad personal corresponde a la identidad-pertenencia (*a qué y qué le pertenece*) por lo que se somete a una ilusión fragmentaria, separada, con respecto a la Humanidad, y a lo que indica su posición social subordinada. De ahí que pueda parecerle natural la división de la Humanidad en clases, naciones, Estados, alianzas y bloques militares, religiones, incluso el predominio de unas razas sobre otras y si es varón, sobre las mujeres y de ser mujer, la sumisión a los varones. Y se identifica con alguna de las fracciones, dejando la Humanidad en un plano secundario o despreciable.

7) El peso de las derrotas y desengaños cuando se ha atrevido a “ponerse en pie” y desafiar el orden social, muchas veces con un coste personal y colectivo altísimo en sufrimientos.

8) Su sentido de la vida y las finalidades que se marca están delimitados por todo lo anterior, en particular la identidad-pertenencia, empujándola para adaptarse a fin de sobrevivir lo mejor que pueda en esta sociedad, sacrificándose de hecho a la misma a cambio de algunas prestaciones reales o subjetivas de orden menor.

El factor 1) puede volverse contra la sociedad capitalista cuando la situación se percibe como intolerable y por el punto del que se parte en conciencia, organización y combatividad acumuladas (neutralizado el factor 7) se debilita la identificación con el sistema (2), se cuestiona la obediencia (3) porque se supera, al menos en parte, la desconfianza en las propias fuerzas (4) gracias a la unidad de la lucha colectiva y autoorganizada (desde las asambleas a los consejos o soviets), recuperando el sentido de dignidad como seres humanos liberándose en parte de la validación dependiente (5) identificándose cada vez más como colectivo humano abanderado de la Humanidad y no una corporación o clase con meros intereses particulares (6) por lo que su vida empieza a adquirir otro

sentido (8) y es capaz hasta de arriesgarse, perdido el miedo a los costes que le pueda suponer la lucha (7).

Pero en la práctica tal desarrollo no es ni tan sencillo ni tan lineal. El proceso real puede parecerse más al cuento de la lechera o del reino que se perdió por una herradura.

La variedad de factores expuestos, su inter-acción, la diferencia de intensidad de cada uno de ellos, unida a otros más específicos como la cualificación profesional, contrato de trabajo (fijo, eventual...) o paro (subsidiado o no), nivel cultural, nacionalidad, raza, sexo, religión, edad, estado civil, con o sin descendencia, e incluso el temperamento popular (*), factores psicológicos y circunstancias más personales y el grado de desarrollo moral (**), pueden ayudar a entender la gama de actitudes entre las/os proletarias/os a lo largo de la Historia, en un país, en una situación o durante el transcurso de una vida, donde nos podemos encontrar, junto al líder revolucionario, al que sigue a la mayoría, al responsable sindical capaz de manipular y traicionar la lucha, al conservador, al esquirolo y al confidente de la patronal o la policía. Estos factores pueden exigir una intervención específica teniéndolos en cuenta según su importancia en una situación dada, como la discriminación por sexo, religión, raza, pero también por su relevancia psicológica, ideológica, cultural...

* Engels sobre los trabajadores irlandeses y los británicos en “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, recogido en “La clase obrera en Marx” de Eugenio del Río, página 62.

** Sobre el desarrollo moral, la nota 12 del libro “¿Quién soy? ¿Cuál es el sentido de la vida?...” disponible en [kaosenlared](http://kaosenlared.org).

Eliminar los obstáculos, estimular la toma de conciencia, adquirir confianza, abrirse a nuevas perspectivas ante los retos del siglo XXI, plantear la lucha por las necesidades más convenientes teniendo en cuenta lo anterior, dotarse de la cosmovisión más adecuada para afrontar todo esto, implica el desarrollo de dos herramientas importantes, cada una con su campo de intervención pero complementarias y sobre el mismo sujeto.

Me refiero al Programa de Transformaciones que oriente, inspire las luchas por las necesidades (1) por objetivos menores de modo que se avance en la dirección de cuestionar la civilización capitalista decadente impulsando la cadena progresiva de factores antes expuesta.

Me refiero también a una nueva filosofía de la vida que ayude a desarrollar una nueva identidad superadora de la identidad-pertenencia (6) y un sentido de la vida (8) que desde la comprensión de las verdaderas necesidades (1) impulse la cadena progresiva liberadora antes expuesta.

Las necesidades pueden ser reales aunque no hayan sido reconocidas como tales por la inmensa mayoría. Esta civilización debiera resultarnos subjetivamente *intolerable* mucho antes de que se convierta en objetivamente *insoportable* y ya no podamos “darle la vuelta”. Si no le tomamos la delantera a la mayor degradación experimentada por nuestro planeta desde la existencia humana, puede que ya no podamos escapar de ella.

Engels, en carta a Danielsón, de 24-II-1893 decía: “Nosotros, hombres y mujeres somos desgraciadamente tan estúpidos que no sabemos armarnos con el coraje necesario para lograr un verdadero progreso, a menos que nos empujen a hacerlo sufrimientos que aparecen casi como desproporcionados” (recogido en “La clase obrera en Marx” de Eugenio del Río, página 182).

¿Vamos a darle una vez más la razón a Engels esperando para reaccionar a que el capitalismo nos lleve a una crisis económica, social, militar y ecológica con un sufrimiento enorme, peor incluso que lo conocido en el siglo XX?. Y cuando eso llegue ¿habrá inteligencia, sensibilidad y recursos como para salir adelante o sólo para agitarse con la rabia y la desesperación de la agonía?. Es demasiado lo que está en juego como para posponer nuestro empeño a ese momento. Dejar la reacción para muy tarde puede ser lo mismo que para nunca.

Que la degradación se perciba como intolerable depende no sólo de su aspecto objetivo, sino sobre todo subjetivo, de cómo se compare con la situación anterior o con la deseable y si ésta se considera posible de instaurar. Aquí juega un papel central la conciencia y la psicología personal y de masas. Esto se contempla en los factores señalados del 2) al 8).

Ante los enormes riesgos del siglo XXI para la supervivencia de nuestra especie, no podemos jugarlos al proceso revolucionario a la carta de “cuanto peor, mejor” pues esto significaría una enorme degradación de las relaciones sociales, una angustia extraordinaria en las masas que puede

empujarlas más al fatalismo o la desesperación suicida que a la rebelión contra el capitalismo, y la imposibilidad de organizar unas fuerzas sociales capaces de superar esta civilización en derrumbe.

Además de la tradicional intervención centrada en lo colectivo, de masas (de clase), cabe otra mutuamente complementaria, dirigida públicamente pero desde la vida personal a lo social, de modo que lo “privado” no sea un freno, sino un estímulo para el cambio.

Así que ante la degradación de la vida en el planeta, incluida la humana, debe pasar a un primer plano todo lo referente a:

- la filosofía de la vida y su sentido para comprender que seguir así es un desperdicio de nuestras vidas y un riesgo enorme de suicidio como especie.

- el Programa de Transformaciones, como plasmación de que es posible otra civilización que corresponde a la vida digna de ser vivida dadas nuestras posibilidades, y una Humanidad no dividida y enfrentada, con el riesgo que suponen ya los conflictos bélicos para la supervivencia de la especie.

Ambos planteamientos incidirán, desde lo personal a lo social y político, en la *identidad-pertenencia* sin cuya superación es imposible romper las cadenas de clase, todas las divisiones y particularismos que impiden el surgimiento de humanos capaces de ponerse en pie como tales levantando la bandera de la nueva Humanidad y liderando a la especie.

De esta manera, de lo personal a lo político, estaremos contribuyendo a la emergencia de la *conciencia* y la *sensibilidad* que favorecen su propio crecimiento retroalimentándose mutuamente. El resultado sería que esta civilización nos resultase cada vez más intolerable para la conciencia y la sensibilidad alcanzadas, aumentando el propio sentimiento de dignidad, valía personal (no dependiente de esta civilización) confiando en nuestras fuerzas pues empezamos por confiar en tener razón con nuestro criterio, con un proyecto de nueva civilización plasmado en el Programa de Transformaciones. Sin necesidad de esperar o depender de que la situación de nuestras vidas o del planeta se degraden a niveles peligrosos para nuestra supervivencia, siendo no sólo *intolerables* desde nuestra conciencia y sensibilidad sino, sencillamente, *insoportables* para nuestro cuerpo-mente. Situación ésta que en vez de estimular la sensibilidad, puede empujarnos a embotarla con drogas u otros medios de los que seguramente nos proveerá la burguesía si con ello puede impedir que la cuestionemos, aunque así, como el escorpión que picó y mató al sapo que lo llevaba a salvo a la orilla, nos arrastre a todos al fondo al impedirnos reaccionar.

Para cambiar de civilización se deben correr riesgos personales debido a la resistencia de los sectores más beneficiados o más conservadores e identificados con ella, e implicarse en la actividad revolucionaria y en las tareas de tamaño transformación social. El mayor problema estaría en que los más perjudicados no sólo no quieran correr riesgos porque les parezcan mayores que los inconvenientes de su vida en esta sociedad, sino que ni siquiera la cuestionen ideológicamente por lo que cargan con todos los factores que atan a ella, desde 1) hasta 8).

Quienes tanto consideran sus riesgos personales, en su inmediatez, individualismo y estrechez de miras no contemplan que para la Humanidad, e incluso para ellos mismos si se ven directamente implicados, la decadencia capitalista, con dos guerras mundiales y demás, ha sido y *será* infinitamente más cara en vidas y sufrimientos, degradación cultural y moral, que los sacrificios de un proceso revolucionario internacional.

¿Cómo explicamos que un trabajador a igualdad de condiciones sociológicas e históricas (generación), educativas, etc o incluso más desfavorables –como trabajar en pequeña empresa familiar- tenga una mayor conciencia anticapitalista que la mayoría de sus colegas?.

Podemos pensar que influirá su inteligencia, temperamento, personalidad, confianza en sí, combatividad, pero también cierta relación o estilo con el aprendizaje y el conocimiento.

El caso es que si observamos (E. Mandel “Construir el Partido” Schapire Editor 1974) las dinámicas de conciencia en las diferentes capas de población trabajadora asalariada, nos encontraremos con que la inmensa mayoría, las grandes masas, deben pasar primero directamente por la acción, de aquí extraer una experiencia y de ésta, de su interpretación, unas lecciones y nivel de conciencia. Pero hay trabajadores capaces de aprender de las acciones propias y de otros contemporáneos, próximos o lejanos, e incluso de la Historia, por lo que parten sobre todo de la experiencia, que les lleva a la acción y con ella aumentan su conciencia. Más aún, están los

milитantes y núcleos revolucionarios que pueden, sin necesidad de participar directamente en muchas acciones, ni de grandes experiencias propias o ajenas de sus contemporáneos, interesarse más directamente por la memoria histórica de los trabajadores, la elaboración de las lecciones de su experiencia en teoría y programa político y el pensamiento científico sobre la realidad social, es decir, proceden sobre todo desde la conciencia, que les conduce a la acción de la que extraen la experiencia que acrecienta su conciencia.

Estas tres capas (masas, avanzados, revolucionarios) se diferencian también por su discontinuidad o continuidad en la organización para la lucha por los intereses de los trabajadores. La inmensa mayoría, pasado el conflicto (una huelga, por ejemplo), vuelven a la vida ordinaria; los avanzados pueden participar ocasionalmente o con más o menos regularidad en diferentes modalidades de organización para la lucha y el estudio; los revolucionarios se organizan de modo permanente y disciplinado en los grupos revolucionarios o partidos.

¿Cómo reducir la distancia entre estas capas, acercándolas al nivel de los revolucionarios?. Pues extendiendo a los niveles más amplios posibles el nivel de los revolucionarios. Y lo que aparte de la disciplina, trabajo organizado permanente y combatividad, debe caracterizar a los revolucionarios, es la conciencia y sensibilidad. Y éstas pueden extenderse a otros con las dos herramientas mencionadas, que se pueden instrumentar de muchas formas en agitación y propaganda. Aunque no existen compartimentos estancos, el Programa de Transformaciones incide sobre todo en el plano de la experiencia social y la conciencia; la filosofía de la vida, en el plano de la sensibilidad, la identidad y la personalidad.

Desde siempre ha habido una seria laguna en la intervención comunista. Se ha incidido en el plano sociológico con sus derivaciones políticas, pero no se ha sabido hacerlo expresamente, con método, en el plano psicológico (más allá de lo que de psicológico tiene la agitación y propaganda) cuando sabemos que es un factor importante que ayuda a entender el por qué de las tres capas mencionadas (masas, avanzados, revolucionarios).

La psicología estaba en pañales en tiempos de MyE. Hoy podemos aprender, con actitud crítica, de las distintas especialidades de la psicología que se ha desarrollado experimentalmente muchísimo, incluso de filosofías que abordan directamente la naturaleza del “yo” (corrientes orientales como los budismos, taoísmo...). Si los trabajadores han podido atraer a su lucha a sociólogos, economistas, filósofos, artistas... deberán conseguirlo también con los psicólogos para comprender mejor los procesos de la mente, la sumisión y la resistencia, el comportamiento de grupo (Partido...), de masas, los conflictos sociales y la violencia destructiva, los prejuicios, el autoritarismo, la dinámica del cambio de opinión por influencia de las minorías, etc. A su vez, los psicólogos, deberían apurar sus conocimientos para hacerlos más útiles a las masas trabajadoras y depurarlos de las concepciones y metodologías que lo impiden o están contaminadas por las ideologías que sirven para perpetuar las civilizaciones de explotación y opresión. Independientemente de la valoración que se haga de la experiencia con personalidades como Wilhelm Reich, Theodor Adorno o Ignacio Martín-Baró, sólo la ignorancia y la arrogancia de especialista del “político” revolucionario, y un pensamiento anclado en el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, pueden llevar a despreciar la trascendencia potencial para el futuro de lo que estoy tratando de transmitir, seguramente con más deseo que eficacia por mi torpeza expresiva. Cuando el tiempo corre en contra de la Humanidad debemos saber aprovechar cualquier aportación por heterodoxa que parezca capaz de ayudarnos a superar nuestras limitaciones y hacernos muy fuertes (lo necesitaremos más de lo que suponemos) partiendo como estamos, de una debilidad y desorientación extremas. La actitud contraria, si no en la intención, sí en los resultados, podría un día ser calificada como negligencia criminal, pero seguramente demasiado tarde para ponerla remedio. MyE, que estudiaban lo último que alcanzaba el conocimiento humano, desde la teoría de la evolución hasta la antropología de Morgan, seguro que se asombrarían por la actitud que desde hace décadas tienen tantísimos revolucionarios que se llaman “marxistas”, como si la evolución del pensamiento y de la ciencia hubiesen terminado con MyE (o Lenin, Trotsky, Gramsci, Bordiga, Stalin, Mao... que es poco más de lo mismo o peor).

VI.- Programa de Transformaciones.

Del hecho de que la clase trabajadora asalariada (proletariado) tenga un conflicto con el capital no se deduce lógicamente que, de modo necesario, forzoso, fatal, irrevocable, etc ese conflicto deba convertirse en antagónico al punto de hacerse revolucionario. Pues si hay un conflicto entre los intereses de la clase proletaria y del capital, una contradicción (no total) entre fuerzas productivas y relaciones de producción, la clase proletaria no representa ni nuevas relaciones de producción, ni siquiera unas fuerzas productivas que no puedan soportar el corsé de las relaciones capitalistas, pues su naturaleza está muy marcada por esas mismas relaciones.

También existió conflicto (contradicción en filosofía dialéctica), entre el esclavo y el esclavista, el siervo y el señor feudal, pero no hubo superación dialéctica en el sentido de que el esclavo o el siervo pasasen a la posición dominante porque representaban nuevas fuerzas productivas o relaciones de producción.

Ni siquiera la agudización de ese conflicto proletariado-capital por el agravamiento de las condiciones de existencia conduce necesariamente a la revolución, sino, con mucha más probabilidad, a miseria, situaciones dramáticas de lucha, grandes enfrentamientos, crisis social y política, huelga de masas, insurrecciones con planteamientos más o menos utópicos o confusos, etc, pero incapaces de superar ésta y construir una nueva civilización.

La lucha reivindicativa ajustada al papel social del proletariado tiene unas limitaciones muy claras pues siempre está encerrada en las condiciones de perpetuar el asalariado, con todas las variables que se quiera. Por eso MyE decían que es esencial que los proletarios pasen de la reivindicación salarial a la *amplitud de visión, la perspectiva de la lucha por la revolución que se concreta en su consigna de abolición del trabajo asalariado*.

Cabe pensar en una situación en la cual la clase proletaria, o más bien los/as proletarios/as por su probable tendencia (desigual y discontinua) a planteamientos anticapitalistas, pero demasiado condicionada aún por su identidad-pertenencia de clase, considere que la solución a su conflicto con el capital y a las contradicciones del sistema sea la nacionalización, estatalización de la economía, expropiando a la burguesía privada, pero continuando la relación asalariada, la ausencia de control real sobre el conjunto de las relaciones sociales de producción que estaría en manos de la tecnoburocracia. O las "salidas" del cooperativismo, autogestión, comunidades libertarias, etc. Todo eso puede surgir de la espontaneidad de la clase proletaria, de los proletarios radicalizados por la necesidad y el conflicto con el capital, porque no supera, a pesar de todo, la condición de clase y el asalariado.

Lo más importante de la relación capitalista no es qué forma adopte, sino que continúe la esencia de esa relación, y eso la clase en cuanto clase no puede superarlo ni por su lucha reivindicativa tradicional (más salario) ni por los objetivos más radicales que se ha podido plantear a lo largo de la historia, por el impulso, tendencia en los proletarios, a intentar romper sus cadenas o acomodarlas al máximo a sus necesidades.

La lucha permanente por el salario jamás llevará a la revolución y la abolición del trabajo asalariado.

No se llega a la revolución a base de acumular lucha salarial; esperando que tras 99 grados de lucha reivindicativa, un grado más, provoque el salto cualitativo que haga que hierva el agua y se convierta en vapor revolucionario. O un buen día (el "99") de repente presentar los fines de la lucha revolucionaria; separando el Programa Mínimo, del Programa Máximo.

Ni siquiera el proceso de huelga de masas (Rusia 1905, Rosa Luxemburg) y su politización garantiza el paso a la lucha por objetivos revolucionarios.

Por eso los comunistas, los trabajadores más liberados de la identidad-pertenencia proletaria, deben lograr con su intervención que la lucha inmediata y la lucha final no vayan siendo más que *dos momentos del mismo combate*, pues tendrían una *estrecha ligazón en la amplitud de visión*, la perspectiva de la revolución, sólo que en un caso no se impone, y en el otro sí, la lucha por la revolución. Una misma amplitud de visión, dos momentos del mismo combate: uno con reivindicaciones "inmediatas", el otro fundamentalmente, con la reivindicación de la toma del poder.

La lucha final no llega por la simple acumulación de miles de combates inmediatos, sino por la progresión de la lucha mediante miles de combates inmediatos *dotados progresivamente de la amplitud de visión, la perspectiva de la lucha por la revolución*, hasta llegar al asalto al poder. La lucha revolucionaria es mucho más y diferente que la simple extensión y radicalización de la lucha reivindicativa. Se puede llegar a la huelga de masas de extraordinaria amplitud y radicalidad y no pasar ni de lejos a la revolución. Se puede haber luchado antes mucho, pero sin proceso de huelgas ni de huelga de masas, "en frío", a una orden de asalto, lanzarse a la insurrección por un programa revolucionario (Asturias octubre 1934, España). Lo esencial es la asunción de unos objetivos revolucionarios y la autoorganización de las masas trabajadoras (de la asamblea al consejo o soviet) y no sólo la multiplicación, extensión ni coordinación de luchas reivindicativas, por radicalizadas que estén. No basta con acumular más y más de lo mismo hasta que estalla la revolución, como calentar el agua hasta 99° y con un grado más hierve (el dichoso salto cualitativo dialéctico). Hace falta introducir en la lucha *un ingrediente nuevo, diferente e incluso contrario a los objetivos espontáneos* de la lucha (no más salario, sino abolición del asalariado), que la lucha no lo crea por sí mismo, y es *la amplitud de visión revolucionaria y sus objetivos*. El pan no termina de hacerse por más harina y agua que le echemos. Hace falta algo muy diferente, la levadura y el horno.

La amplitud de visión, la perspectiva de la revolución, que debe estar presente como un *hilo rojo* en la lucha de los proletarios desde sus reivindicaciones inmediatas a la lucha por la abolición de su condición de asalariados, la podemos concretar en un Programa de Transformaciones (PT). Este hilo rojo se va haciendo más visible, más grueso según se avanza. Este es el que sirve de enlace entre la lucha inmediata y la lucha definitiva, con el que se puede dotar de esa visión a la lucha inmediata. El PT es la fórmula concreta, expresa, que puede ayudar a ir dando a la lucha inmediata la amplitud de visión, la perspectiva y la determinación de la lucha por la revolución. Es la amplitud de visión, la perspectiva revolucionaria, concretada en el PT, el hilo conductor entre la lucha reivindicativa en el capitalismo desde hoy y la lucha por el poder de los trabajadores y la superación del capitalismo mañana.

La lucha revolucionaria no se levanta "por medio" de la lucha reivindicativa cada vez más extendida y radical, sino por medio de un PT que va poco a poco implantándose en las conciencias "a través" de, atravesando, la lucha reivindicativa cada vez más potente, que para ser correcta, debe ser coherente con ese PT, elaborado en interacción con los conocimientos científicos y la experiencia de la lucha.

Pero no se me mal interprete pues no tengo una visión propagandista de la intervención en las luchas donde los grandes ejes deben ser: denuncia del problema, denuncia del ataque, trampas y obstáculos, mistificaciones de la burguesía y de todo su espectro de fuerzas políticas, hasta las "obreras" e incluso "revolucionarias" y sindicalismos, extensión y unificación de las luchas, reivindicaciones concretas y propuestas específicas de marcha, dar la visión de que esa lucha puede formar parte de una lucha general de todos los proletarios del mundo para liberarse de su condición de clase y de cómo esa alternativa puede dar solución efectiva, definitiva, a sus problemas, tal como se recoge en tal o cual punto relacionado del PT.

¿Qué enfoque deben dar los comunistas a la lucha reivindicativa?.

Los comunistas deben intervenir en las luchas potenciando que:

a) los trabajadores pongan por delante sus necesidades, contra las exigencias del capital, negándose a sacrificarse por él; b) tomen en sus manos el control de la lucha mediante la autoorganización (de la asamblea al soviet); c) vayan comprendiendo que la satisfacción de sus más amplias necesidades como trabajadores y seres humanos, evitar ser sacrificados por el capital, sólo es posible a la larga sacrificando al capital, superándolo, empezando por su Estado y liberándose de su condición de proletarios; esto es, vayan adquiriendo una amplitud de visión, la perspectiva de la lucha por la revolución, asimilando al ritmo y del modo que sea posible, puntos programáticos del PT; d) acaben de tomar la determinación de luchar por la revolución, por el PT.

Todo esto significa que la tarea del sector más consciente de los trabajadores, más liberado de la identidad-pertenencia proletaria, es la de potenciar al máximo el factor CONCIENCIA en los/as proletarios/as, partiendo de sus conflictos elementales con el capital, para que terminen abrazando un Programa de revolución y de transformación social que permita crear las condiciones para acabar

con su misma existencia como clase social. Y no representarlos o sustituirlos en esta tarea que sólo ellos pueden realizar en la medida en que se hagan CONCIENTES, lo que no vendrá a su vez dado por una (inexistente) naturaleza revolucionaria en su propia clase, ni por estar forzados históricamente a nada, sino por la asunción consciente, voluntaria, a contrapelo de sus condicionamientos de clase, de un Programa, de unos objetivos, que llevan no al reforzamiento, consolidación, perpetuación de la propia clase sea sirviendo a la burguesía privada o expropiándola (estatalización, etc), sino su extinción como clase y con ello su par, cualquier versión de la burguesía, tecno-burocracia. *Sólo en la medida en que se va extinguiendo la clase proletaria se van haciendo fuertes quienes eran proletarios* en cuanto que partícipes del nuevo trabajador colectivo. Sólo así se debe entender la dictadura (término propio de la política del siglo XIX que no tenía el mismo significado que hoy) del proletariado, “dictadura” de los/as proletarios/as para crear las condiciones que lleven a su extinción como clase social, no como dictadura de la clase proletaria, que mientras exista sólo puede ser una clase para el capital en cualquiera de sus versiones, y menos las tiranías totalitarias que hemos conocido como socialismos de PC.

Lo que da sentido a la existencia de la organización comunista es:

a) La difusión de los objetivos finales revolucionarios, la presentación a los proletarios de las más amplias alternativas y vastas tareas de la revolución. Hacer que la lucha diaria de los proletarios se vaya haciendo uña y carne con estos objetivos supone dedicarse sistemáticamente a propagar entre las masas las alternativas de la revolución como solución a sus necesidades, a través de los problemas concretos, vivos y actuales por los que lucha de forma inmediata. Concretar, describir los objetivos revolucionarios en un PT (que lógicamente no será algo definitivo y acabado de una vez por todas) y saber introducirlo oportunamente en la propaganda y la agitación;

b) La orientación política de esa lucha de los proletarios mediante propuestas de marcha, consignas, etc, para que con su autoorganización y decisión soberanas puedan lograr el triunfo, y sea coherente con los objetivos y dinámica de lucha necesaria para hacer posible la ejecución del PT.

La propuesta de los comunistas en la intervención, debe ser una alternativa que se presenta tanto para lo inmediato (denuncia, propuestas de marcha), como para lo general, global, a largo plazo, estableciendo la relación y coherencia entre uno y otro. La difusión de los elementos de un PT no se puede dejar para cuando llegue una situación pre-revolucionaria. Contribuir a crear esas condiciones y poder aprovecharlas exitosamente, sin improvisaciones chapuceras, supone ir propagando elementos de ese PT en la medida de lo posible, comprensible, asimilable, desde ya, tanto de forma implícita, como explícita. De lo contrario aumentan los riesgos de una revolución frustrada, o abortada o que fácilmente cae en el sustitutismo (sustitucionismo) por la debilidad de conciencia de los proletarios. Si la conciencia es fundamental, no se debe regatear en ningún momento sino impulsarla todo lo posible desde ya en los más amplios sectores proletarios.

Debe haber una coherencia implícita entre la lucha inmediata y la lucha final, entre las propuestas de marcha y el PT. Una coherencia y ligazón expresa, explícita, en la medida de lo comprensible o asimilable por unos sectores u otros de las masas trabajadoras (vanguardia, avanzados, medios...). Una difusión de elementos del PT en sectores amplios de masas, en la medida en que puedan ser comprendidos, además de su lógica difusión completa como PT al igual que se hace con los libros y revistas dedicadas a cuestiones teóricas, históricas, etc.

La labor de los comunistas no es la de esperar que de la clase proletaria surja un combate comunista y lamentarse y luchar contra los complots de la burguesía para impedir esto; sino adoptar una posición dinámica, "ofensiva", ofreciendo a los proletarios su alternativa, su salida, su solución, su PT y luchar contra los complots de la burguesía para impedir que esto cale en los proletarios. La idealización de la clase obrera acaba conduciendo a una lucha sobre todo a la defensiva en el plano teórico, político, ideológico también, como si hubiese que estar defendiendo a la pobre clase trabajadora de la contaminación exterior y confiando que de ella surjan unos impulsos revolucionarios que como tal clase es incapaz de dar. Se precisa una intervención más "en positivo" dando alternativas, ofreciendo horizontes y no sólo denuncias y quejas, impulsando así que los proletarios se dinamicen hacia lo que conviene sea su objetivo: liberarse de su limitación de clase, de su ideología espontánea y de su condición social. Por eso también, en vez de entretenerse tanto en querer dilucidar

las contradicciones interburguesas e interimperialistas al detalle, y los problemas económicos del capitalismo, aunque es importante, preocuparse más por ofrecer algo positivo a los trabajadores, unas metas, un nuevo horizonte e insistir con esas ideas, hasta que lo que hoy parece un sueño se vea como algo factible.

Atribuir la debilidad del proletariado a toda clase de maniobras, manipulaciones y complots de la burguesía, es un recurso para no enfrentarse al hecho de que el proletariado no da lo que se espera de él, para mantener la visión idealizada del proletariado propia del marxismo-hegeliano que he venido criticando, en vez de comprender que es el mismo proletariado el que genera también ideología burguesa porque a fin de cuentas en cuanto que clase es una clase del capitalismo y en cuanto que clase no es portadora de un nuevo modo de producción, otra civilización. La clase proletaria no da más no tanto porque no la deje la burguesía, sino porque es incapaz en cuanto que clase. Sólo los proletarios en cuanto que fuerza social consciente pueden portar un Programa para transformarse en un nuevo tipo de trabajador colectivo que rompa con su condición de clase del capital. Pero mientras se siga manteniendo esa visión idealizada del proletariado, habrá una contradicción entre lo que se suponen sus verdaderos intereses de clase y la ideología que en realidad encontramos en ese sector social. Esa supuesta contradicción, ese problema que se encuentran los marxistas, lo pretenden explicar a base de echar las culpas, no a la limitación intrínseca en la naturaleza de clase proletaria, sino en las campañas, mistificaciones, manipulaciones de la burguesía. A la penetración de la ideología burguesa desde el exterior del proletariado y no a la ideología burguesa que segrega su propia condición de clase proletaria (en versión obrera, más salario, etc).

La derrota histórica del proletariado no cabe en el planteamiento y escenario histórico de MyE. Sin embargo, de respetar ese esquema, a la vista de los hechos de siglo y medio, habría que decir "acumulando derrota tras derrota la clase se va acercando ¡a su victoria final!". No hay que pensar que la clase ha sido derrotada y que MyE se equivocaron en su confianza en la victoria, sino que su esquema ha quedado desmentido desde su premisa misma. La clase jamás será derrotada porque hablar de derrota supone aceptar al menos la posibilidad de victoria y eso es lo que en realidad es imposible para la clase. Si alguien vence algún día serán los proletarios, sobre todo, *a pesar de* su condición de clase y *no gracias* a ella como plantea MyE, haciendo de su deshumanización, etc, su "virtud" (especialmente en sus primeros escritos). De lo contrario, no se entendería, como incluso MyE reconocen, que deban autotransformarse y no simplemente dejarse llevar (como la burguesía) por lo que ya son.

El reconocimiento de la verdadera debilidad de la clase nos permite dar con las condiciones para que los proletarios puedan llegar a liberarse si quieren. Así podemos evitar el sustitutismo pues no confiamos en que los proletarios puedan sobrevivir (como lo haría una clase revolucionaria) a esa tutela que lo ahogaría impidiéndole la autotransformación que sólo él puede protagonizar. Ese reconocimiento nos lleva a no caer en paternalismos dirigentes y darle en cambio lo que de verdad necesita para andar por sí mismo, el PT, potenciando al máximo el desarrollo de su CONCIENCIA, lo que realmente tiene para liberarse (no su propia posición social) y su verdadera aportación al proceso comunista.

La elaboración del PT es la gran tarea pendiente para trabajadores e intelectuales. Aunque ya disponemos de algunas lecciones claves que vienen desde la Comuna de París, queda muchísimo sobre lo que reflexionar para ofrecer unos criterios programáticos, sobre todo teniendo en cuenta los novedosos, enormes y terribles retos del siglo XXI que *cuestionan hasta las características de abundancia pensadas por MyE para el comunismo.* Y es además muy urgente pues el tiempo corre en nuestra contra.

Para alguna consideración más sobre el PT a fin de no repetirme demasiado remito a **"Siglo XXI, perspectivas"** en kaosenlared desde el 26-X-07.

VII. Una nueva filosofía de la vida para una nueva identidad personal y social.

El futuro que nos depara el capitalismo decadente es de regresión de nuestras condiciones materiales de existencia, pero también de una gravísima degradación de las condiciones para la vida humana y de las demás especies. No podemos afrontarlo sólo con una visión que contemple como siempre lo económico, social, militar, político, aunque añadiéndole la preocupación medioambiental. Hace falta mucho más si queremos una visión realmente global, no una adición de planteamientos parciales.

Si queremos responder bien a la pregunta ¿cómo vivir? primero debemos tener claro el por qué y el para qué, en lugar de darlo por sabido o como no problemático, como si esta civilización no hubiese condicionado las respuestas. Para hacer frente a una civilización genocida con nuestra especie y extinguidora de la vida en el planeta (la 6ª), deberíamos replantearnos abierta y explícitamente, colectiva e individualmente, nuestra vida, nuestra responsabilidad social y personal con el planeta y el sentido de todo esto. ¿Qué clase de tipo humano está permitiendo el capitalismo decadente y su brutal desastre hasta de la biosfera? ¿Cuál es su identidad? ¿Qué clase de ser humano puede reparar o evitar que vaya a mayores?.

Todo esto lo necesitamos aclarar para que el PT responda realmente a lo que se precisa y no caiga en estrechos economicismos y politicismos o quede atrapado en los valores y finalidades menos cuestionados de esta civilización pero determinantes de su inadecuación para una vida fraterna y respetuosa como especie.

Necesitamos un Programa de Transformaciones pero también superar la visión del trabajo, la producción y el consumo como el centro del sentido de la vida y de la civilización, lo cual tiene mucho que ver con la identidad personal (identidad-pertenencia) y qué consideramos le da su valor y por tanto cuáles son sus necesidades (“tener” o “ser”, de Fromm).

Una antropología que no se ha liberado del todo de los conceptos básicos de la economía política (burguesa) de escasez, necesidad, el trabajo como central en la naturaleza humana y el dominio de la Naturaleza, se corresponde a la identidad-pertenencia (a qué pertenezco, qué me pertenece) de la identidad ilusoria del ego que es la raíz de todo tipo de egocentrismos (desde el más sutil y santurrón al más desvergonzado y depredador).

Tanto la economía política como el ego, se sostienen en la visión de la escasez y separación:

- la economía, en la relación con el resto de la naturaleza (de ahí su explotación y dominio);
- el ego, en el aislamiento y la necesidad de validación de la identidad personal y sus pertenencias a costa de la supremacía sobre los otros (por la explotación o dominio).

Ya no hay una relación fluida con el resto de la existencia y los semejantes siendo lo que somos, respetando, cuidando, tomando y devolviendo, sino la carrera del “tener” (bienes, valía) explotando y dominando.

La concepción del mundo como un lugar de escasez, surge de un sentido de separación, alienación, falta de gratitud por la existencia que conduce a su explotación y no puede sino extenderse a otros elementos de la naturaleza como el prójimo.

La necesidad de validación personal, resultado de un sentido de aislamiento de nuestra naturaleza planetaria y cósmica, no puede sino llevarnos a una relación depredadora con el prójimo y el mundo.

Vivimos en lucha contra la naturaleza incluida nuestra propia especie, con mentalidad de mendigos. En lugar de sentirnos parte integrante del cosmos, agradecidos a la existencia y la coevolución con todos los seres, nos comportamos como monos predadores y guerreros, subidos a un pedestal del que la Naturaleza está a punto de arrojarnos.

La salvación no vendrá de la liberación de la escasez por una abundancia difícil de determinar e imposible para todo el mundo en los términos de los países ricos. Dependerá ante todo de la superación de la concepción del mundo basada en la escasez, la separación, la alienación de la naturaleza y la mente de mendigo.

Por eso la alternativa transformadora no consiste sin más en una economía alternativa al capitalismo de modo que todo siga pivotando sobre una concepción basada en la escasez, en el tomar, en el “tener” para escapar a la escasez material y “espiritual”, sino una antropología, visión

de nuestra existencia, identidad y sentido que nos permita liberarnos de todas esas concepciones que sutilmente nos encadenan a las sociedades de predación sobre el mundo y nuestra especie.

Necesitamos una visión cultural y filosófica que incluya cómo nos entendemos como especie, el sentido de nuestra existencia en el cosmos y el de cada uno en la vida, que suponga a la vez, una alternativa básica -en algunos aspectos coexistente- a las religiones, respondiendo a la deriva fanática y agresiva del cristianismo (en particular EEUU) e islám. Sin esto, con los esquemas mentales actuales, las motivaciones egocéntricas y consumistas de hoy día, el aferramiento a los valores de la propiedad, el estatus social y el poder, con sus desigualdades y privilegios, los nacionalismos, etc, estamos condenados a la guerra de todos contra todos en un mundo cada vez más duro y desquiciado, un planeta que, buscando un nuevo equilibrio, se vuelve en contra de nuestras mejores condiciones de supervivencia.

No podemos asumir y llevar adelante un Programa de Transformaciones que exigirá una extraordinaria solidaridad de los habitantes de los países ricos con los pobres, ver nuestras necesidades no como “las mías” (a costa de los demás) sino como las que tenemos como parte de toda una Humanidad, si no vamos superando las identidades-pertenencia, es decir, la identidad ilusoria del ego, comprendiendo, tal como ahora nos demuestra la ciencia, nuestra naturaleza cósmica (compuestos por la materia de las supernovas), nuestra unidad inseparable del resto de la vida, nuestras raíces y futuro en este planeta con el resto de las especies, nuestra identidad como especie, parte de la Humanidad, nuestra validación inmediata por el cosmos sólo por existir.

La necesidad para los/as proletarios/as de desengancharse de su identidad-pertenencia como clase tanto “en sí” como “para sí” es un requisito de su liberación como personas trabajadoras. Como dijeron MyE, el potencial revolucionarios de los trabajadores está en el fondo en que esas personas proclamen su humanidad, reconozcan en ella su verdadera identidad por encima de cualquier fraccionamiento social, reclamen las condiciones para hacerla plenamente efectiva (sin privilegios ni discriminaciones) y por tanto sean capaces de liderar la lucha de la Humanidad contra su división en clases donde los humanos somos genocidas con nuestros semejantes y depredadores compulsivos los demás seres. Para ello, a nivel individual, debe partirse de la aceptación incondicional de sí mismo sólo por existir, sin necesidad del reconocimiento de un patrón por ser contratado, o por una raza dominante, o por un Estado, sin necesidad de un estatus social, sin necesidad de la pertenencia de bienes o de su pertenencia a entidades como clase, nación, etc (los/as proletarios/as conscientes no tenemos patria) y como ser humano comprender la conveniencia e interés personal en superar la condición social de asalariado y todas las sociedades de explotación y opresión de clases, proclamándose no como clase (ni en sí ni para sí) sino como humano en busca de su plenitud como tal para lo que es condición la aceptación y la misma oportunidad para todos.

Esta transformación psicológica supone una toma de conciencia sobre nuestra identidad y sentido de la vida con grandes implicaciones sociales y políticas, pero lo más específico es un desarrollo de la sensibilidad que agudiza el respeto por la vida, la empatía, compasión, solidaridad.

Siendo objetivas las necesidades y peligros, aunque la inmensa mayoría no tenga conciencia o sensibilidad para reconocerlo, nuestra actitud no puede ser la de esperar a que empeore la situación y entretanto prepararnos para cuando se haga masivamente reconocible. Lo primero, porque nada garantiza que el reconocimiento del peligro se vaya a hacer a tiempo y en unas condiciones en las que podamos reaccionar con éxito. Debemos acelerar en todo lo posible el reconocimiento y la reacción eliminando obstáculos, estimulando la conciencia y la sensibilidad. *Para la conciencia tenemos como específica la herramienta del PT. Para la sensibilidad, las de la filosofía y sentido de la vida e identidad personal.*

La revolución pendiente dependerá de que sus protagonistas den avances importantes en la superación de la identidad-pertenencia que corresponde a la identidad ilusoria del ego consistente en la separación, fragmentación, con respecto a nuestra verdadera identidad en la Humanidad y la biosfera y la necesidad de validación personal por el “tener” (Fromm) en la doble pertenencia (a lo que pertenezco y lo que me pertenece).

Salvando del modo que sea la identidad-pertenencia de clase se favorece una doble identificación-apego:

- con la sociedad de clases, aunque sea bajo la forma jurídica “anticapitalista” del capitalismo

de Estado (“socialismo”, estatizaciones) o el cooperativismo, “autogestión”, etc, creando las condiciones sociales que potencian todas las tendencias a la identidad ilusoria del ego (separación, conflicto, validación por las pertenencias).

- con la identidad ilusoria del ego, por medio de sus dos tipos de pertenencias (a lo que pertenezco y lo que me pertenece), potenciando la identificación con la sociedad de clases (a la que pertenezca y gracias a la cual me pertenecen estos bienes o cualidades) y su validación personal (por el éxito material, prestigio social, promesa consoladora de “heredar la Tierra”, destino histórico, etc).

Mientras desconozcamos en qué consiste la ilusión del ego, no comprenderemos su trascendencia en esta historia interminable de explotación, opresión, genocidios y extinción de especies. Ésta es una aportación, sobre todo de las filosofías orientales, que la izquierda debe saber aprovechar, críticamente, en lo que tiene de científico y liberador.

Como el tratamiento aquí de esta cuestión fundamental llevaría a extender en muchas páginas este documento, remito al lector interesado a mi libro **“¿Quién soy? ¿Cuál es el sentido de la vida?. Respuestas para orientarnos en un mundo en crisis. Del cambio climático al cambio de civilización”**, disponible en kaosenlared.net.

En muchos procesos de lucha social y revolucionaria, ha destacado el odio al enemigo de clase. Este odio ha ayudado a movilizar contra la explotación y opresión, pero también a cometer barbaridades y errar “el tiro” donde más importa, la transformación de las relaciones sociales y no la eliminación física de la clase oponente. Ese odio, hoy muy mitigado o casi inexistente en particular en los países ricos, puede volver cuando se haga más patente la crisis de esta civilización y la burguesía con sus servidores dé nuevas muestras abrumadoras de su estrechez de miras, mezquindad y crueldad. Pero el odio a la clase estorba cuando puede ser sustituido por el rechazo ideológico y existencial a esta civilización. El arsenal disponible hoy para cualquier combate guerrero es tal que si nos dejamos guiar por el odio podemos convertirnos en nuevos “jemers rojos”. El odio permite la unidad de los combatientes mientras la meta sea la destrucción, pero nosotros necesitamos de un lazo mucho más fuerte y que nos una más allá del combate abierto con el enemigo, para construir una sociedad fraterna, no una donde se dé “la vuelta a la tortilla” y donde los envidiosos y resentidos ocupen, bajo nuevos eslogans, el lugar de los viejos opresores.

El odio no da la motivación para salirnos del todo de la destructividad de esta civilización con la meta de una nueva. Sólo nos pondrá en la vía de salvarnos definitivamente y encarrilarnos hacia una civilización fraterna, *el amor a la vida*, el respeto por la vida, tanto de nuestra especie como de las demás, lo cual no significa automáticamente el rechazo a dar muerte en combate o como castigo en determinadas condiciones a crímenes relevantes por su gravedad (¿qué merecían Hitler, Stalin y otros muchos?).

VIII.- Una cita ¿para cuándo?

No podemos prever en detalle lo que ocurrirá en la próxima y posteriores décadas, pero sí que debemos prevenirnos contra las ilusiones deterministas sobre el potencial revolucionario de la clase activado por la lucha en la defensa de sus condiciones de vida. Son muchísimas las circunstancias y factores que pueden jugar en contra de la revolucionarización de la lucha de los trabajadores.

En la página 5 ya he desarrollado un escenario posible. He aquí otros.

Si la burguesía consiguiese que el empeoramiento de las condiciones de existencia que se avecinan para este siglo, aunque muy grande, no fuese demasiado brusco, sino más bien gradual y afectando de modo desigual según capas de los trabajadores y por países, se puede producir el efecto de *la rana en el caldero*. Es decir, que se vaya habituando, tolerando, resignando, y a la vez debilitando por la división y desorientación sobre lo que se le viene encima. De modo que cuando llegue una situación crítica, como un ataque brutal y generalizado contra sus condiciones de vida, fascistización, una guerra, no tenga ni la conciencia ni las fuerzas para dar la respuesta que merece, es decir, salir del caldero corriendo hacia el salto revolucionario. En el interín habría reacciones sectoriales pero que se quedarían aisladas ante la dificultad de la extensión por no ser generalizada la percep-

ción de la gravedad de la dinámica de regresión. Estas luchas serían derrotadas unas tras otras según les llegase su turno. Para la burguesía, una cómoda victoria en “cómodos plazos”. Situaciones parecidas ya las hemos conocido, por ejemplo en la década de los 80 del siglo pasado, durante el desmantelamiento industrial y cierres de minas en España y otros países.

El planteamiento de que el determinismo de MyE es correcto y que conforme a ello necesitamos esperar a un brutal agravamiento de las condiciones de vida de los proletarios para que sea posible un proceso revolucionario como respuesta, adolece de dos defectos importantes.

El primero, que dadas las amenazas de este siglo, dar un plazo tan largo e indefinido y poner como requisito coherente con la teoría una situación que puede acercarse peligrosamente al apocalipsis, es arriesgarnos demasiado a ser desbordados por el caos; es fiar demasiado largo a la teoría como si no hubiese bastado todo el siglo XX y a la vez ponérselo demasiado fácil pues bien poco determinismo haría falta para responder a semejante situación. De haber una reacción revolucionaria, no necesitaría recurrirse como explicación al determinismo, bastaría la explicación de apoyarse en el sentido común y el instinto de supervivencia además de la orientación comunista. Que contando con tanta “ventaja”, no se desarrollase un movimiento revolucionario internacional, sería tal vez el último mentís posible de la teoría.

El segundo, que sería la versión *catastrofista* de la espera que predicaba la social-democracia hasta la segunda década del siglo XX, confiada en un proceso “natural” de acumulación de fuerzas que conduciría al socialismo aprovechando la crisis del capitalismo, como quien recoge un fruto maduro. Ambos planteamientos parten del mismo error determinista, aunque uno ponga el peso en el ascenso brusco de la conciencia y la revolución y el otro en la evolución de la conciencia y la reforma. Y ambos comparten el enorme riesgo de contribuir al desastre. La versión catastrofista por esperar a una situación que puede ser sobre todo de degradación social, desmoralización y angustia tales que impidan la respuesta revolucionaria o incluso mantener cualquier civilización desarrollada y hasta la supervivencia de la especie, como la versión reformista abrió las puertas de par en par a la Iª Guerra Mundial.

A fin de cuentas, si la revolución tuviese alguna oportunidad o ser efectiva, sería de hecho dentro de algunas décadas e impulsada por el agravamiento de las condiciones de existencia. Parece inevitable que sólo cuando sentimos que la vida se hace muy difícil nos motivamos para el cambio. Pero además de la desventaja de tener que tomar medidas transformadoras en unas condiciones que aumenten la dificultad (ahora también medioambiental y energética), hoy partimos de una debilidad política, ideológica y organizativa tales que si no les ponemos remedio con sabiduría y dedicación llegaremos a la situación que podría ser propicia para un movimiento revolucionario tan mal preparados que no se podrá aprovechar y de ella saldremos demasiado debilitados como para responder a progresivos empeoramientos hasta que tal vez ya no haya a qué contestar en la problemática pensada por el marxismo. Para estar listos debemos desarrollar desde ya nuestros medios y en particular el PT y la filosofía de la vida para que agudizada la conciencia y sensibilidad esta civilización nos resulte intolerable antes de que sea insoportable e insuperable.

Si queremos aprovechar las oportunidades que se presenten, que de seguro no se multiplicarán, debemos prepararnos desde ya lo mejor posible teniendo presente este criterio: *confiar en la autodirección y autoorganización de los trabajadores pero no en los procesos espontáneos en los que no hay minorías comunistas (trabajadores e intelectuales) que orienten el movimiento permitiendo que asuma la perspectiva del PT y de la superación de la identidad-pertenencia.*

IX.-Teoría y método científico; unos comentarios.

La contradicción entre la supuesta naturaleza revolucionaria de la clase proletaria y su pobre realidad tanto en conciencia como en resultados durante siglo y medio, no puede ser satisfactoriamente explicada respetando la teoría sobre el proletariado de MyE. A una hipótesis como esa no se le puede dar un cheque en blanco, ni un crédito a un plazo tan largo. Sería una falta de rigor científico, una actitud dogmática, de fe. Seguro que MyE la habrían revisado, aunque también es cierto que fueron incapaces de hacerlo a la luz de la evolución nada revolucionaria del proletariado inglés, cen-

tral en su época. Entrados ya en el siglo XXI esa hipótesis de MyE es ya absolutamente insostenible científicamente, tanto más cuanto que no es necesario agarrarse a ella como a un clavo ardiendo porque hay otro enfoque alternativo y tanto o más revolucionario que es el que estoy ofreciendo.

Con mi enfoque:

- Se rompe la idealización, las esperanzas ilusorias, contradicciones irresolubles entre teoría y realidad, y desilusiones consiguientes. Y a la vez queda abierta la posibilidad de la revolución por los/as proletarios/as y se ofrecen unas herramientas fundamentales para lograrlo: integrar el PT en la intervención de los comunistas y la superación de la identidad-pertenencia tanto en ellos como entre las masas trabajadoras.

- La contradicción que viene trayendo de cabeza desde hace tanto tiempo a tantos que se han atrevido a pensarla y que ha conducido a muchos a renegar del marxismo, del proletariado y de la revolución, está aquí abordada y resuelta de un modo favorable a lo más científico del marxismo, superando sus lastres idealistas, a favor de los proletarios, de la revolución y con más garantías además contra el riesgo sustitutista.

Una vez establecidos estos principios, no debe haber miedo para continuar con las demás consecuencias que pueda implicar este afinamiento de la teoría marxista, porque la base revolucionaria se hace más firme que nunca; aunque le falte la falsa seguridad y garantías del planteamiento anterior que definitivamente se ha derrumbado.

El esquema original de MyE no puede dar buena cuenta de los hechos históricos (más bien su ausencia generalizada) y enfrentarse exitosamente a la prueba de sus falsaciones (previsiones incumplidas). El mío, librando a MyE de su lastre hegeliano, estoy segura de que sí podría hacerlo mejor. Aunque esta concepción también terminase demostrándose falsa, seguro lo sería menos que la original de MyE y por tanto supondría una aproximación mayor, o al menos, un alejamiento menor, de la verdad de la realidad. Es más verosímil, más veraz en la medida en que es capaz de responder mejor de los hechos. Más empíricamente comprobable en sus predicciones posibles que el esquema de MyE, ya refutado por la Historia, o abusando del crédito, remitiéndolo a un futuro indeterminado, lo cual no es propio de un talante científico.

Basta ya de querer salvar el esquema de MyE con trucos y pretextos que no son más que parches, cataplasmas, remiendos (modificaciones ad hoc), como echar todas las culpas a la traición de la socialdemocracia, la degeneración bolchevique, el estalinismo en su éxito o su derrumbe, las campañas de la burguesía, etc. Todo eso en el fondo se reduce a lo que decía Trotsky de que la crisis del movimiento obrero es la crisis de sus direcciones, sin cuestionarse para nada la supuesta naturaleza revolucionaria del proletariado. Los malos serían siempre los dirigentes torpes o traidores no las masas proletarias siempre inclinadas a la revolución si se sabe conducirlas.

Si esa es la explicación que se da en términos sobre todo subjetivos, aunque haya una base objetiva (la burocracia sindical y partidaria), con la teoría de la “aristocracia obrera” el sector mejor situado y supuestamente privilegiado gracias a la posición del capitalismo nacional en el mundo (imperialismo), se establecerían las bases objetivas de buena parte del comportamiento más reformista e identificado con el capital. Pero sin negar lo que de cierto puede haber en ello, sirve sobre todo para encontrar una “cabeza de turco” y evitar ir hasta el fondo, cuestionar la naturaleza revolucionaria de la clase. Lenin dice que el proletariado tiende, por su clase, espontáneamente al socialismo, pero que la ideología burguesa lo estanca en la lucha salarial y que por eso se precisa la intervención de un sector minoritario de vanguardia que trae el conocimiento científico de la intelectualidad (Kautsky). Nuevamente se quiere salvar el supuesto carácter revolucionario estructural de la clase atribuyendo sobre todo a factores externos el incumplimiento de su destino. La verdad creo que es la defendida en este texto: la clase es para el capital y los/as proletarios/as deben descondicionarse conscientemente de su influencia pues genera espontáneamente ideología adaptada al capitalismo (regateo salarial entre contratantes “libres” e “iguales”) reforzada por la ideología de la clase dominante, difusa en toda la vida social y sus múltiples manifestaciones (familia, deporte, servicio militar, división del trabajo por sexo, consumo...) y sostenida con todos sus medios de educación, información, propaganda.

Todas las razones que se vienen dando para querer explicar por qué la clase proletaria ha venido incumpliendo las previsiones del esquema de MyE, como las anteriormente mencionadas, son a

lo sumo, digamos, explicaciones *circunstanciales*, pero no *causales*. Nos dicen lo que ha ocurrido, el contexto que ha agravado una situación, etc., pero nunca por qué la clase proletaria (en su esencia y destino revolucionaria exitosa), ha sido incapaz de evitar que ocurran semejantes *catástrofes* que la han diezmado físicamente y anulado políticamente o, cuando menos, no ha logrado sobreponerse a los obstáculos y dificultades de un modo rápido. Si algo vemos en general en el proletariado, durante siglo y medio, es algunos momentos que nos dan confianza en el futuro, en medio de indiferencia, debilidad o impotencia. Como unos cuantos oasis en la inmensidad del desierto. Siempre, se podrán encontrar explicaciones circunstanciales, excusas, pues la burguesía siempre trabajará contra los proletarios, su lucha inmediata y su lucha comunista. Pero eso habría que darlo por descontado porque con eso contaban MyE ¿o no?. O es que decían : "el proletariado logrará la victoria siempre que la burguesía se quede quieta, ofrezca poca resistencia, no le haga la puñeta". No, decían que a pesar de toda la resistencia que opusiese la burguesía (y ellos conocieron La Comuna de París, etc), el proletariado estaba destinado a alcanzar la victoria porque así estaba inscrito en las contradicciones del capitalismo, las leyes de la Historia por ellos descubiertas, la lucha de clases y su desarrollo inevitable hasta la dictadura del proletariado. Ver la carta a Weydemeyer y multitud de otros textos canónicos de Marx que debieran ser de sobra conocidos por todos. Es como quien dijese "este boxeador llegará a alcanzar el título mundial y nadie será capaz de arrebatárselo", pero cuando se va llevando paliza tras paliza y pasan los años sin lograr ni aproximarse, aduce que los contrincantes eran más fuertes que él, que se había confiado demasiado o descuidado el entrenamiento, que le traicionó algún manager, las presiones de un mafioso, le dejó la novia, le abandonó el desodorante, etc.

Si el esquema de MyE fuese correcto, la revolución en la que pensaban debiera haber triunfado al menos en muchos estados de importancia (no lo ha sido el desarrollo de la URSS ni los demás países "socialistas"), bien en el capitalismo alcanzada su cúspide, bien iniciada la decadencia, durante ella, pero de ninguna manera esperar a lo que sería el riesgo de una desintegración del sistema social terminando en una gran crisis mundial, económica, energética y climática. Esto sólo desmiente las esperanzas de MyE en la potencialidad revolucionaria de la clase. ¿Una clase revolucionaria que deja pasar el tiempo de su victoria y que hasta puede perder totalmente la ocasión si se degradan las mismas condiciones que permiten la existencia de la clase?.

Eso es como quien tiene todos los boletos de la lotería pero no le toca el premio gordo, sólo algunos menores, incomprensible. O como el que ha comprado billete para cada tren, pero se le escapa hasta el último y se queda en la estación sin poder llegar jamás a su supuesto destino. O sea, inevitablemente revolucionaria y exitosa salvo que no lo sea. Si, pero no; esto o todo lo contrario. ¿O es que no alcanzamos a dominar los arcanos de la filosofía dialéctica y el tratamiento de las contradicciones capaz de explicar lo que en buena lógica y no digamos sentido común no se puede?.

Habría sido lo mismo decir "la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado" (la famosa carta de Marx a Weydemeyer, 5 marzo 1852) y añadir "salvo que la lucha de clases innecesariamente conduzca a vete tú a saber dónde, amigo Weydemeyer". O sea, es inevitable que suceda tal, salvo que ocurra vete tú a saber qué. A los tontos les quedará el alivio de que el éxito es inevitable, pero el fracaso ¡sólo probable!. Hasta la previsión meteorológica suele ser más seria y de fiar.

Mi hipótesis puede explicar mejor la realidad y la historia de siglo y medio y es más viable que la de MyE con respecto al proletariado. Además tiene de entrada un carácter más científico en su modestia, pues es más falsable, al no pretender que se la de un plazo de confianza indeterminado, un cheque en blanco. Dice claramente que si se da a la generalidad de los trabajadores un PT, integrándolo en la intervención regular de los comunistas (trabajadores e intelectuales), se considera una tarea central modificar la filosofía de la vida y su sentido, y superar en todos la identidad-pertenencia, se podrán hacer progresos notables en dirección de la revolución, haciéndola más probable, pero nunca inevitable y triunfante. Si llevándose consecuentemente este tipo de intervención por grupos comunistas de cierta entidad, en el plazo de digamos diez años, no se observase ningún avance significativamente superior al esperable si se hubiese continuado con la metodología seguida hasta hoy durante muchos más años, comparándolo también con quienes la mantengan aún, mi hipótesis quedaría falsada y descartada. Habrá que rendirse al supuesto de que nada se puede esperar de los proletarios siquiera, o encontrar otra alternativa que ya de entrada pueda explicar mejor las cosas, ofrecer

más perspectivas de éxito y ser también comprobable, falsable, en un plazo de tiempo breve, sobre todo porque los retos del siglo XXI no van a dejar mayor margen.

Independientemente de lo afinado o no que sea, este modo de plantear las cosas es sin duda mucho más acorde con lo que se debiera entender como método científico, que el seguido hasta ahora por los marxistas en lo que respecta al proletariado.

La resolución de los problemas planteados por el esquema de MyE aquí criticado es en realidad muy sencilla desde el punto de vista lógico, racional. La dificultad no ha radicado nunca en su complejidad teórica, sino en el miedo de los marxistas a enfrentarlo (empezando por los mismos MyE ante la evidencia del proletariado inglés), lo que supone un auténtico bloqueo emocional y teórico, un tabú, tan difícil y perturbador de tratar como la vida sexual en el puritanismo victoriano. Lo que en MyE era sobre todo una premisa teórica condicionada por el hegelianismo, se ha tratado en la práctica como un axioma (verdad demostrada por sí misma, indiscutible) y cuando en las organizaciones comunistas se hablaba de ella en realidad no se hacía sino recurrir a los mismos argumentos de MyE, que era precisamente lo que falta demostrar. Y todo por una necesidad patológica de seguridad teórica, casi de tipo religioso; deseos de certidumbre que ahora se encubren con una patina de aspecto científico.

MyE eran personas de una gran talla humana, nobleza de carácter, que respondieron con mucha inteligencia y sensibilidad a los conflictos traumáticos del capitalismo rampante. De ahí que hiciesen muy pronto una elección moral y política por el proletariado, despojado de todo. Como lo demuestra el análisis de sus textos (ver Introducción a la crítica a la filosofía del derecho de Hegel, 1843), a su elección moral se le dio primero los ropajes de una conclusión filosófica con raíces indiscutiblemente hegelianas (clase universal, realización de la filosofía...), más idealista que materialista, más especulativa que fruto de la observación, yendo mucho más lejos de lo demostrable. Luego, todavía con lastres del hegelianismo, al querer dar a su elección moral e intuitiva una base y formulación científica, económico social, se fueron más allá de lo admisible, sobrevalorando las experiencias de lucha (tejedores de Silesia, 1844) (**Nota 3**). Seguramente también les influyó la situación de miseria del proletariado que pensaban le impulsaría bien pronto a la revolución sobre todo si fuesen ciertas sus previsiones iniciales de pauperización absoluta. El caso es que les salió ese planteamiento fallido y descartado ya por la Historia. Lo que empezó siendo una elección y deseo moral no pudo llegar a ser plenamente científico. MyE no optaron por la clase obrera porque sacasen esa conclusión de un análisis científico, ni siquiera porque fuese demostradamente revolucionaria, sino que primero optaron por la clase obrera sufriente y rebelde y le dieron esa atribución revolucionaria como fruto de su deseo de justicia para ella, como solución para sus inquietudes universales, como conclusión de sus preocupaciones filosóficas de corte hegeliano. Hay que reconocer de una vez, la verdadera génesis del pensamiento de MyE, en concreto sobre el proletariado, y dejar de repetir las versiones canónicas ortodoxas que pretenden darle un carácter científico del que careció. ¿Para qué necesita la burguesía de agentes si los revolucionarios se sabotean a sí mismos incapaces de reconocer y rectificar sus errores de más de un siglo?. Una vez más, la lealtad no debe estar nunca con las ideas, los líderes, las organizaciones, sino con aquello que es verdad, y no es necesariamente verdad aquello que viene de quienes hemos investido de autoridad.

Evidente que mi enfoque resulta menos atractivo que el de Marx para todos aquellos que necesitan de verdades absolutas, certidumbres de victoria, pero ¿qué interés legítimo puede haber en atraer a las organizaciones revolucionarias a personas tan necesitadas de esos consuelos que prefieren sacrificar a ellos la verdad; que prefieren la creencia en la seguridad de la victoria que lleva de hecho a la derrota, a la incertidumbre pero con unas posiciones que crean de verdad las condiciones para hacer el triunfo posible?. ¿Qué se desea construir: una secta con verdades absolutas, miembros con personalidad dependiente-autoritaria, incapaces de pensar por sí mismos y de vivir en la inseguridad del saber y no saber auténticos; o una organización con militantes capaces de pensar por su cuenta y de cuestionar/se todo lo que haga falta, de seguir, defender y disentir para poder avanzar?.

Si no está escrito en la Historia que es irrevocable que los proletarios están destinados a terminar con el capitalismo ¿de dónde sacamos la idea de que deban hacerlo?. No de una fatalidad social, histórica, unas leyes inexorables; sino de la naturaleza misma del capitalismo, sus problemas, quienes los sufren, quienes se enfrentan a él y quienes se encuentran en condiciones para poder, si qui-

siesen (nada de forzados, obligados por leyes ni dinámicas inevitables), disponer de los medios para resolverlos. Ni más ni menos. Ir más allá, corre el riesgo de un abuso en el pensamiento, con pretensiones de apariencia científica, una parodia del método de las ciencias naturales, una violación de la lógica. Un artefacto teórico, "cientifista", tan complicado, inútil e innecesario como "los inventos del TBO". Algo erróneo y que además nos sobra para luchar. Tenemos razones suficientes para hacerlo y motivos para creer que es posible -aunque no muy probable a estas alturas- ganar y construir algo completamente nuevo y liberador para nosotros y la Humanidad. No necesitamos más justificaciones, ni ante nosotros, ni ante los "sabios" que sólo piensan en legitimar este sistema y en desautorizar a quien no tiene "argumentos" para combatirlo. Tampoco en su día había para gente así argumentos convincentes contra el esclavismo, el feudalismo, la subordinación de las mujeres, el maltrato a los niños, etc, cuando un sólo grito de las víctimas era razón suficiente para quien tiene corazón y mente para entender. Por último podríamos decirles: razones tiene mi corazón que tu cabeza no entiende.

No seamos comunistas por ser fieles a supuestas leyes inexorables de la Historia (**Nota 4**), sino porque nos parece justo y factible. Si la Historia fuese en una dirección injusta, si pudiésemos ¡la re-inventaríamos! ¿Quién ha demostrado que la Historia sea unidireccional, progresiva, irreversible a grandes rasgos?. De someternos a los dictados de Dios ¿vamos a pasar a supuestos dictados inexorables de la Historia que nadie ha sido capaz de demostrar?. Por tanto, tampoco nos sintamos huérfanos porque nuestro proyecto no tenga el parabién o garantía de la Historia. Como también decía Marx, la Historia no hace nada, lo hacemos los humanos. Porque el capitalismo no nos guste, eso no quiere decir necesariamente que el comunismo sea realizable. La Historia no entiende de hacernos justicia. Pero mientras no se demuestre su imposibilidad y se apunte que puede ser factible, conviene apostar por ello ¡por la cuenta que nos trae!.

Os animo a todos/as a reflexionar más a fondo y superarme cuanto antes mejor. Impulsad el debate allí donde podáis. Invitad a leer este texto y cuantos os parezcan de interés. Escribid vuestras reflexiones. No olvidéis que con las amenazas del siglo XXI el tiempo juega ya en nuestra contra y que sólo podremos revertir la situación con un extraordinario (titánico) esfuerzo de reflexión, debate y práctica. La teoría sin práctica es papel mal gastado. Pero la práctica sin una buena teoría no pasará de la actividad frenética y desorientada de quien es arrastrado al abismo por fuerzas más poderosas.

NOTAS

1) El concepto de identidad-pertenencia se expone someramente en el "cuaderno" "HOLOCAUSTO JUDIO, identidad y psicologías nazis" (disponible en Kaosenlared desde el 12-XII-07), que es a su vez una adaptación de una nota-anexo del libro "**¿Quién soy? ¿Cuál es el sentido de la vida?...?**" (también en Kaosenlared desde el 31-X-07) terminado el 28-II-07. Cuando desarrollé en este ensayo la naturaleza del ego como identidad ilusoria y los dos tipos de pertenencia en los que se apoya (*a qué* pertenece y *qué le* pertenece), no tenía conocimiento (al menos consciente), de que nadie lo hubiese planteado así, aunque es sabido lo del sentido de pertenencia "*a qué*" (a la familia, clase, nación, iglesia, partido...) y la pertenencia de bienes muebles, inmuebles, titulaciones, saberes "hechos carne", recuerdos-huella o afectivo-posesivos ("*qué le*"). Recuerdo que como me pareció novedosa esta formulación concentrada, para estar absolutamente segura de no meter la pata, consulté "pertenencia" en el diccionario. Así que grande fue mi asombro y alegría al descubrir a primeros de noviembre de 2007, en una librería de segunda mano, el libro "Místicos y militantes" de Adam Curle, Editorial Dédalo, Buenos Aires 1976, cuya existencia desconocía totalmente. Muchos de nuestros planteamientos coinciden en gran parte, sobre todo en la cuestión de la identidad-pertenencia, con formulaciones idénticas, siendo nuestras preocupaciones similares. Tal vez haya sido influida indirectamente por Curle a través de algún otro autor, pero es también perfectamente posible y me parece lo más probable que, partiendo de inquietudes comunes, hayamos llegado cada

uno por su cuenta al mismo lugar, lo cual no tiene tampoco nada de excepcional y es de sentido común a poco que nos detengamos a reflexionar sin ánimo de justificar el ego. Esto me ha confirmado en la convicción de que mi orientación no está descaminada y vale la pena el esfuerzo por ponerla a disposición de otros que puedan estar interesados.

2) La socialdemocracia consideraba que el Partido representaba a la clase y que debía integrar al mayor número posible de proletarios, ser partido de masas. En la naturaleza estructuralmente socialista del proletariado suponía la garantía de su propio carácter socialista. Pero fueron sobre todo esos partidos –por los intereses de su burocracia- los que en vez de tener una postura socialista de oposición radical a la guerra, se pusieron al nivel del sector más chovinista de los trabajadores al apoyar la guerra imperialista (Iª GM), dando así continuidad y coherencia total a su complicidad con el colonialismo e imperialismo. Stalin, para llevar a cabo su contrarrevolución, antes de lanzar su terror, se decidió a ahogar lo que todavía quedaba en el Partido de revolucionario mediante la entrada masiva de trabajadores con un nivel de conciencia bajo para lo que exigía la situación, con la llamada “Promoción Lenin”, adulándolos como los mejores representantes de una clase revolucionaria. Esta masa amorfa de militantes le sirvió como masa de maniobra y clientela política para sus planes. Después, muchos serían víctimas de las purgas. (El dato de la “Promoción Lenin” me lo ha recordado el interesante folleto “Partido y clase. Las diferentes concepciones” de Chris Harman, de “Socialismo Internacional”, en [www. elmundoalreves.org](http://www.elmundoalreves.org)).

3) "En 1843, cuando él había reconocido en el proletariado la fuerza capaz de realizar la filosofía, había considerado la revolución proletaria como necesaria e ineludible, aunque enmarcada todavía en un futuro indefinido, pero veía ya realizarse el comunismo en el presente inmediato. Marx sobreestimó la desesperada revuelta de los tejedores de Silesia. Contrariamente a lo que él creía entonces, aquella revuelta no fue superior en nada a los movimientos obreros inglés y francés: ni por la clarividencia del propósito, ni por la conciencia de clase. No eran obreros industriales que se levantaban contra capitalistas industriales, sino pobres artesanos que trabajaban a domicilio y que habían destrozado las máquinas, como había ocurrido en Inglaterra medio siglo antes." La vida de Carlos Marx, por Boris Nicolaïevski (editorial Ayuso, 1973). Cita tomada a raíz de leer la recogida en “¿Ha muerto la clase obrera?” de Eugenio del Río.

4) "Somos comunistas porque estamos convencidos de que las fuerzas económicas de la producción capitalista llevan fatalmente a la sociedad hacia el comunismo", Paul Lafargue, 1895. Sin ser tan economicistas otros comunistas han dicho esencialmente lo mismo, aunque ello no indica necesariamente cuál era su más profunda motivación.

AGRADEZCO a Roi Ferreiro su fraternal debate previo a este texto. Aunque no hemos superado algunas diferencias importantes, me ha ayudado a comprender mejor. Su dirección, Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques (CICA), www.geocities.com/cica_web

BIBLIOGRAFÍA

Libros: dos importantes.

Eugenio del Río, Editorial Revolución, “**LA CLASE OBRERA EN MARX**” de 1986 y “**¿HA MUERTO LA CLASE OBRERA?**” de 1989. Ahora se pueden adquirir en la editorial Talasa ediciones, S.L., www.talasaediciones.com

En Kaosenlared.net: por mi falta de tiempo crónica, no estoy familiarizada con esta página web ni con otras y sólo puedo remitir a mis textos:

“Siglo XXI, perspectivas”, colocado el 26-X-07. Localización en Temas: Internacional, Anti-globalización, Izquierda a debate. Sobre todo para completar los retos del Siglo XXI.

“Militancia, la crisis de finales de los 70 en España. Unas lecciones y orientaciones”, colocado el 10-XII-07. Localización en Temas: Izquierda a debate, Memoria Histórica. Para abundar en la cuestión de la crisis del sujeto revolucionario y alguna de las características del tipo de militancia que necesitamos.

“Holocausto judío, identidad y psicología nazis. Un fenómeno propio de la civilización capitalista en decadencia” colocado el 12-XII-07. Localización en Temas: Internacional, Izquierda a debate, Memoria Histórica. En las primeras páginas, una exposición breve sobre la identidad-pertenencia y en el resto del texto, aplicada al caso nazi.

Libro : **“¿Quién soy? ¿Cuál es el sentido de la vida?. Respuestas para orientarnos en un mundo en crisis. Del cambio climático al cambio de civilización”**, colocado el 31-X-07, adaptado el 4-XII-07 para imprimirlo mejor. Localización en Temas: Internacional, Izquierda debate. Para todo lo referente a la identidad-pertenencia y la superación de la ilusión del ego, además de muchos más temas.

Libro : **“Historia Sagrada, historia sangrada. Una contribución a la crítica de la economía amorosa del cristianismo. La verdadera naturaleza del “amor” de Dios a la luz de la antropología antipatriarcal, del materialismo y del análisis transaccional.”** colocado el 4-XII-07. Localización en Temas: Izquierda a debate, Memoria Histórica. Oportuno como crítica a la religión en la medida en que también pretende aportar un sentido a la vida y tiene implicaciones políticas como la “teología de la liberación”.

Para buscar con el buscador de kaosenlared, hacedlo por “Aurora Despierta” luego seleccionad “por Autor y Procedencia” y “Ordenado por Fecha”, Buscar.

Cerrado el 2 de enero de 2008.